7489

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

MUJER Y REINA

zarzuela melodramática en tres actos, divididos en nueve cuadros

LETRA DE

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1895

13

MUJER Y REINA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El derecho de reproducir los *Materiales de Orquesta* de esta obra, pertenece á DON PABLO MARTIN, á quien dirigirán los pedidos las Empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

MUJER Y REINA

zarzuela melodramática en tres actos, divididos en nueve cuadros

LETRA DE

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA, la noche del 12 de Enero de 1895.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—

1895

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA STUARDO	Sra.	Martínez (J.)
ENRIQUE DARNLEY	»	Montilla.
ESTRELLA	»	Rodríguez.
JACINTA	»	Gil.
VENDEDORA 1.ª	»	Plaza.
MUJER DEL PUEBLO	»	Catalán.
PAJE	»	Pastor.
ARTABÁN	Sr.	Carbonell.
CONDE DE CHATELARD	»	Sigler.
GALOPÍN	»	Gamero.
MAXWUELL	»	Visconti.
COMEDIANTE 1.° MONTGIRONT CARNOF	»	García Valero.
SAMUEL EL CANCILLER DEL LOUVRE. COMEDIANTE 2.° EMBAJADOR DE ESPAÑA	»	Guardia.
BELFORD HOMBRE DEL PUEBLO	»	Soucasse.
BRANTOME MOSTON COMEDIANTE 3.°	»	Rex Torrano.
IDEM 4.° EMBAJADOR DE INGLATERRA. CAYETANO LINDSAY	»	Mañas.
ESTUDIANTE 1.°	»	Vera.
IDEM 2.°	»	Rimbau.
MARINERO 1.°	»	Beut.
IDEM 2.°	»	Vera.

Soldados escoceses y franceses. Damas y Caballeros, Comediantes, Marineros, Puritanos, etc., etc.

El acto 1.° y 2.°, en Francia; el 3.° en Escocia.

Nueve decoraciones de Busato y Amalio.—Vestuario de la Casa Elías, bajo los figurines de Labarta.

ACTO PRIMERO

LA FERIA DE SAN GERMÁN

Plaza pública donde se celebra la feria. A la izquierda, primer término, una taberna. Al fondo, varios puestos ambulantes. En lontananza, el panorama de París. Decoración llena de luz, y lo más pintoresca posible. A la derecha, la casa de Samuel, con un letrero sobre la puerta, que dice: «Samuel, mercader de ropas.»

ESCENA PRIMERA

GENTE DEL PUEBLO, VENDEDORES, COMPRADORES, CURIOSOS y CORO GENERAL

MÚSICA

CORO. Todo en la feria—de San Germán,
todo se encuentra—todo aquí está.
Los compradores—pueden venir.
Se da todo—más barato.
Más barato—que en París.
Se venden raros—y ricos trajes,
para provecho—de personajes.
Se venden joyas—de mucho precio,

673611

para el adorno—de cualquier necio.
Se venden plumas—de mil colores,
para el sombrero—de los señores.
Todo se vende.—Todo aquí está.
Comprad, amigos.—Venid acá.

—

Se venden telas—muy caprichosas,
para el consumo—de las hermosas.
Se venden pieles—muy especiales,
para el abrigo—de los mortales.
Se venden flores—de mil jardines,
para consuelo—de serafines.
Todo se vende.—Todo aquí está.
Comprad, amigos.—Venid acá.

ESCENA II

DICHOS; GALOPIN, saliendo de la taberna.

HABLADO

GALOPIN. ¡Eh! ¿Qué bulla es esta? ¡Ya estáis marchando de aquí! ¡No hay que estorbar el paso!

VEND. 1.° ¡Es Galopín!

VARIOS. ¿Galopín?

VEND. 1.° ¡El mozo de la taberna!

VEND. 2.° Buen nombre le pusieron.

GALOPIN. ¡No es nombre! Es apodo. ¡Y creed que no tengo nada de eso! Aunque soy Galopín, no soy Galopín; pero el patrón se empeñó en llamarme de ese modo, y me quedé con ello. ¡Tengo unas ganas de perderle de vista!...

VEND. 1.° ¿Cómo es eso?

GALOPIN. Como lo estáis oyendo. Yo no he nacido para tabernero. ¿Y sabéis por qué? Primero... porque no, y luego, porque el pan, pan, y el vino, vino, y como en esta casa el pan anda escaso, y el vino de todo tiene menos de eso... Ya está explicado.

VEND. 1.° ¿Y qué piensas hacer?

GALOPIN. No lo sé. ¿Sabéis á lo que me tira la afición? ¡A la nobleza! ¡Vamos! ¡Que me tira! Yo sería escudero, ó secretario de algún potentado. ¡Qué gran oficio! ¿eh? ¡Darse uno lustre y sisar á todo pasto!

TODOS. ¡Já, já, já!

GALOPIN. Si conocéis algún gran señor que quiera utilizarme, mandarle por aquí.

VOCES. (Dentro.) ¡Á otro lado! ¡Fuera el borrico! ¡Fuera! (Música dentro.)

GALOPIN. ¿Qué gritos son esos? (Se dirige á mirar por el foro derecha.) ¡Calle! Si son los comediantes que trabajan en aquella barraca, y que se marcharon el domingo á recorrer los pueblos. ¡Bien venidos, muchachos!

ESCENA III

DICHOS; una comparsa de COMEDIANTES, compuesta de cuatro Hombres y tres Mujeres. Uno de aquéllos conduce un borrico, adornado con cintas y flores, el cual tira de una carreta. En ella se ve tendido sobre varios sacos, á ARTABÁN. Delante de la comparsa, varios músicos tocando sus instrumentos.

MÚSICA

CORO. Que pase, que pase,
la comiquería.
¿Qué tal el viaje?
¿Qué tal la familia?
Más gordo el borrico
parece que está.
Sin duda le dieron
muy bien de almorzar.
(Reparando en Artabán.)
¿Quién en la carreta,
quién tumbado va?

COMDTS. Pues ésta es una historia

que os vamos á contar
Atravesábamos
la carretera,
muy satisfechos
de la excursión.
Cuando el borrico,
como una fiera,
da un par de coces
al carretón.
Causó su espanto,
que espanto era,
lo que de pronto
le acometió,
ver un gran bulto,
que en su carrera,
una montaña
le pareció.
Tendido á lo largo
y sin movimiento,
un hombre allí estaba,
un muerto más bien.
Pues ni se movía
ni se retiraba,
por más que el borrico
lo quiso morder.
Condolidos de su suerte,
lo echamos en la carreta.
Y ya conocéis la historia,
y el por qué se encuentra en ella.

TODOS. ¡Rara aventura!
¿Quién podrá ser?

(Mirando todos á la carreta.)

Me parece un caballero.
Y no dudo que lo es.

GALOPIN. Vamos á llamarle,
á ver si despierta.

(Llamándole.)

¡Arriba! ¡Ya es hora!
Pues no me contesta.

TODOS. (Llamándole.) ¡Arriba! ¡Pelele!
¡Despiértese ya!

ART. (Incorporándose.)
¡Voto á mil demonios!
¿Qué ocurre? ¿Quien va?

TODOS. (Bajo.) Ya se levanta.
Ya nos contesta.

(Alto.) ¡Felices días!

ART. ¿Qué gente es esta?

TODOS. ¿Le va pasando
la enfermedad?

ART. ¿Qué diablos dicen?

TODOS. ¡Já, já, já!

I

ART. (Poniéndose de pie sobre la carreta.)
¡Si es burlarse á costa mía
esa risa que me ultraja,
ya verán mi bizarría,
y verán cómo ésta raja! (Señalando la espada.)
¡Soy un noble caballero
de muy alta condición,
lo sostiene con su acero
mi atrevido corazón!
¡Cesad, villanos,
en vuestro afán!
¡Ó bajo, vive el cielo!
¡Y habréis de callar!

TODOS. ¡Valiente genio!
¡Qué atrocidad!
Este es un mozo
muy principal.

II

ART. ¡Si esa risa que provoca
el hallarme en tal estado,

no destierra vuestra boca,
pagaréis mi atroz enfado!
¡Pues ni burlas yo consiento,
ni las sufre mi blasón!
¡Ya sabréis en un momento
mi linaje y condición!
¡Cesad, villanos,
en vuestro afán! etc.

TODOS. ¡Valiente genio! etc.

HABLADO

COM. 1.° Muchos humos gastáis para vuestro oficio.

ART. (Bajando de la carreta.) ¡Insensato! ¿Qué osas hablar? ¿Olvidas quién soy yo?

COM. 1.° No puedo olvidarlo porque aún no lo sé. Pero es lo cierto, que si no hubiésemos tenido lástima de vos al encontraros exánime sobre el camino, á fe, á fe, que hubiérais sido pasto de los cuervos.

ART. ¡Basta! ¡Si no sabes quién soy, yo te lo diré, y más te valiera tratar de averiguarlo antes que insultar al caballero más noble y valiente de Navarra!

TODOS. ¿Eh?

ART. ¡Sí! ¡Lo repito! ¡Al más noble y valiente! ¿Que quién soy? ¡Soy Artabán de Puigcerdá; señor de cien castillos, cuyas veletas son de plata labrada!

TODOS. ¡Ah!

GALOPIN. (¿De plata labrada?) ¡Á ver! ¡Un jarro de vino en seguida.

ART. ¡Soy un gascón que puede enterraros en oro!

GALOPIN. (¡Un príncipe sin duda!)

ART. ¿Quién se atreve á burlarse?

GALOPIN. ¡Ya se guardarán muy bien! Y si alguien se atreviera... ¡Eh! ¿quién murmura por ahí? ¡Abajo esos sombreros! ¡Pues no faltaba más! (Todos se descubren.)

Com. 1.° Dispensad, gran señor; pero vuelvo á repetir que, como os hallamos en la carretera, y al parecer muerto de hambre...

Art. (¡Y tan muerto!) ¡Muerto de hambre! ¡Como si un gascón pudiera tener hambre alguna vez! Preguntad á mi escudero... á mi fiel Roustand, ó, mejor dicho, no se lo preguntéis, porque los ladrones se lo llevaron.

Galopin. ¿Los ladrones?

Art. Sí, señor. Nos asaltaron de improviso. ¡Eran veinte lo menos! Yo maté á seis ó siete... no recuerdo bien; pero un golpe me derribó, en tanto aquellos bandidos se llevaban nuestras maletas y caballos, nuestro dinero y á mi pobre Roustand.

Galopin. ¡Qué desgracia!

Art. Con que ya sabéis el motivo de haberme hallado medio muerto en el camino.

Com. 1.° Dispense su excelencia si nosotros...

Art. Bien, bien: mi excelencia os perdona; y como no quiero ser desagradecido, bebed en esa taberna cuanto necesitéis. Yo pago.

Com. 1.° ¡Viva su excelencia!

Todos. ¡Viva!

Galopin. El que quiera, que pase dentro. (Este hombre debe ser un Creso.) (Disuélvese la reunión. Unos entran en la taberna, otros se marchan. Uno de los Cómicos se lleva el borrico con la carreta. Música en la orquesta durante esta salida general.)

ESCENA IV

ARTABÁN y GALOPÍN

Galopin. Y vos, señor, ¿queréis algo, necesitáis algo?

Art. (Lo que necesito es comer cuanto antes.) Para qué, ¿para suicidarme con vuestros guisotes? (¡Qué olor á estofado tan rico sale por ahí!)

Galopin. Permitid: aquí hay de todo.

Art. Mi paladar es delicadísimo. ¡Figúrate que ni aun pue-

den darme gusto los treinta y cuatro cocineros que mantengo en mis castillos!

GALOPIN. ¡Treinta y cuatro! ¡Un ejército!

ART. Sin contar los pinches. Pero, en fin, ¿hay jamón?

GALOPIN. Riquísimo. Y cabrito asado.

ART. ¿Y pollos?

GALOPIN. Con tomate. Y peces del Sena. ¿Qué preferís?

ART. Todo. Si no me gusta un plato, picaré de otro.

GALOPIN. Voy á serviros al momento. (Entra en la taberna.)

ESCENA V

ARTABÁN

¡Estoy desfallecido! Veinte horas sin comer, son muchas horas para cualquier estómago. Verdad es que tengo acostumbrado el mío á tales hazañas. Pero al fin ya estoy en París. Si la fortuna huye, la perseguiré con denuedo hasta que la atrape. Yo quiero probar que el ingenio, la astucia y la osadía son los escalones de la fortuna, y cuando un gascón se empeña en probar algo, lo prueba ó pierde el pellejo. Ya sale otra vez; disimulemos.

ESCENA VI

ARTABÁN y GALOPÍN

GALOPIN. ¿Queréis comer dentro ó fuera?

ART. ¡Aquí, aquí, al aire libre: debajo de ese emparrado!

GALOPIN. Voy á poner la mesa. (Saca una bandeja con todo el servicio, y lo va colocando sobre la mesa que habrá cerca de la taberna.)

ART. Despacha pronto, porque no estoy acostumbrado á esperar.

GALOPIN. En seguida, señor, en seguida. ¡Malditos ladrones! Supongo que daréis parte para que los persigan.

ART. Naturalmente.

GALOPIN. ¿Y como cuánto os habrán robado?

ART. Lo ignoro. Eso es cosa de mi escudero. Él maneja siempre los fondos, y maldito si yo me ocupo...

GALOPIN. (¡Maneja los fondos!) Aquí está el jamón.

ART. (Se sienta, y come y bebe con ansia.) ¡Buen tufillo tiene!

GALOPIN. (¡Si yo me atreviera...!)

ART. Lo único que deploro es hallarme, por lo pronto, sin dinero... (Levantándose.) ¡Y ahora que caigo!...

GALOPIN. ¿El qué, señor?

ART. Yo no debía comer aquí.

GALOPIN. ¿Por qué razón?

ART. ¡Bah! porque no poseo ni una pistola, y no podré pagaros.

GALOPIN. ¡Quién piensa en eso! ¿Queréis avergonzarme? Sentáos, señor, y comer sin cuidado.

ART. (Sentándose.) Mañana mismo recibiré nuevos fondos, y os daré triple suma.

GALOPIN. (¡Yo me atrevo, qué diantre!) Caballero Artabán, acabo de acariciar una idea que, si se realizara, me haría el más feliz de los hombres.

ART. Habla.

GALOPIN. Dispensad, en todo caso, mi atrevimiento.

ART. Habla sin temor.

GALOPIN. Mientras parece vuestro antiguo escudero. Porque al fin parecerá, ¿no es cierto?

ART. ¡Quién sabe! Yo temo mucho que no parezca. Me lo da el corazón.

GALOPIN. Pero, en fin, mientras tanto, ¿necesitaréis otro?

ART. Claro está.

GALOPIN. Pues bien, señor: conferidme ese cargo, aunque sea interinamente.

ART. ¿Cómo?

GALOPIN. Nombradme vuestro escudero.

ART. ¿Y la taberna?

GALOPIN. La taberna no es mía; yo sirvo en ella hace tiempo, pero no he nacido para tabernero... La nobleza me tira; y como tengo algunos ahorrillos, quisiera aumentarlos al lado de un gran señor.

ART. ¡Ah! ¿tienes ahorrillos?

GALOPIN. Miseria... pura miseria... Comprendo mi loca pretensión, pero vuestro trato me ha seducido.

ART. ¿Loca pretensión? No tal. Pareces listo y decidido... Acepto tus servicios, pero con una condición.

GALOPIN. Decid.

ART. Que como de aquí á mañana has de prestarme lo que yo necesite para los gastos necesarios, tú, en cambio, recibirás el doscientos por ciento de tus adelantos.

GALOPIN. No, señor; eso sí que no. Yo no soy usurero.

ART. Entonces, no hay nada de lo dicho.

GALOPIN. Corriente: pues dadme el ciento cincuenta nada más.

ART. (¡Ah, tunante!)

GALOPIN. Haré ese sacrificio por complaceros.

ART. Veo que tienes conciencia. ¿Cómo te llamas?

GALOPIN. Me llamo Narciso; pero me dicen Galopín.

ART. Pues bien, Galopín; desde este instante te nombro mi escudero.

GALOPIN. ¡Gracias, mil gracias! (¡Al fin pesqué una ganga!)

ESCENA VII

DICHOS; ESTRELLA y varios ESTUDIANTES, por el foro derecha.

EST. (Sale corriendo, y se dirige hacia la taberna.) ¡Dejadme, dejadme!

EST. 1.° No corras, palomita.

EST. 2.° ¡Aguarda, vida mía! (La rodean.)

EST. ¡Sois unos cobardes!

ART. ¿Qué es eso?

GALOPIN. Varios estudiantes que persiguen sin duda á esa dama.

ART. (Levantándose y yendo hacia ellos.) ¡Vive el cielo! ¡Bellacos! ¿No os avergüenza habéroslas con una joven indefensa?

EST. 1.° ¡Ya salió el gavilán!

ESTDS. ¡Já, já, já!... (Se marchan por la izquierda.)

ESCENA VIII

ESTRELLA, ARTABÁN y GALOPÍN

ART. ¡Pronto! ¡Un vaso de agua! (Galopín lo acerca.) ¡Calmáos, bella joven! ¡No tenéis nada que temer!

MÚSICA

(Linda es la muchacha.)

EST. (Es fino el galán.)
Mil gracias os debo.
Señor, dispensar.

ART. No vale la pena
querérmelas dar.

EST. Esos locos estudiantes,
sin temor á mi querella,
persiguiéronme incesantes,
espantando á mi doncella.
El castigo bien merezco;
y he pagado el necio afán
de venir á la feria
de San Germán.

ART. ¿Sois forastera?

EST. Soy de París.

ART. En vuestro tipo
lo conocí.

EST. Sirvo á una dama
muy principal.

ART. ¡Hola!

GALOPIN. (¡Quién sabe
si servirá!)

ART. Pues yo, señora,
soy un gascón,
y brilla mi nobleza
tan pura como el sol.

Me llamo Artabán.—Soy rico, eso sí.
Señor poderoso—allá en mi país.
Mi hacienda y mi vida,—allá como aquí,
son vuestras, señora,—pues yo soy así.

GALOPIN. Yo sirvo al señor.—Yo soy Galopín.
Y dejo el comercio,—por suerte feliz.
En pos de otra vida,—me alejo de aquí,
y sigo mi suerte,—pues yo soy así.

EST. Yo bendigo vuestra oferta.

ART. Yo bendigo la ocasión.

GALOPIN. Yo bendigo la fortuna
que hoy el cielo me otorgó.

EST. (Tal aventura
nunca ví yo;
fino es el porte
de este gascón.
Y su bravura
fué poco há
prueba patente
de su lealtad.)

ART. (Su gentileza
me cautivó;
debe ser alta
su condición.
Lindo es su talle,
bella su faz,
y es puro el brillo
de su mirar.)

GALOPIN. (Ya de escudero
tengo el valor,
y me doy humos
de gran señor.
Pronto entre todos
he de brillar,
y así mis sueños
se lograrán.)

HABLADO

ART. Dispensadme, bella señora, si me presento ante vos con tan humilde vestido; pero debo advertiros que me acaban de robar el equipaje en las cercanías de París.

EST. Vuestro proceder habla muy alto en pro de vuestra noble condición.

ESCENA IX

DICHOS; LORD MAXWUELL y varios GUARDIAS escoceses por la izquierda.

LORD. Adelante, señores... (Viendo á Estrella.) (¡Qué veo! ¡Estrella!)

ART. Mi nombre, mi espada, mi fortuna, todo cuanto poseo y valgo depongo á vuestros pies.

LORD. (Adelantándose.) Esta joven no puede ni debe admitir vuestras dádivas.

EST. (¡Maxwuell!)

ART. ¡Eh! ¿qué decís?

LORD. Digo que no tenéis derecho alguno para galantear públicamente á una dama de la corte.

ART. (¡De la corte!)

LORD. ¡Estáis hablando con lord Maxwuell!

ART. ¡Ah, sí, Maxwuell! Os conozco muchísimo. (¿Quién será este hombre?)

LORD. Entonces...

EST. Dispensad. Este caballero acaba de prestarme un servicio. Varios jovenes me perseguían, y él me defendió...

GALOPIN. Como un héroe: y yo también.

EST. No merece vuestro rigor. ¡Adiós, caballero Artabán: nunca olvidaré vuestro denuedo! (Vase.)

ART. ¡Ni yo vuestro divino rostro!

LORD. ¡Basta! Repito que no tolero esos galanteos.

ART. ¡Bueno, hombre, bueno! Agradeced que os llamáis... (A Galopín.) ¿cómo ha dicho?

GALOPIN. Maxwuell.

ART. Maxwuell, eso es. Que os llamáis Maxwuell. Sígueme. (A Galopín, y entra en la taberna.)

GALOPIN. Si no llegáis á llamaros como os llamáis... (Pero, señor, ¿quién será Maxwuell?) (Vase á la taberna.)

ESCENA X

LORD MAXWUELL y GUARDIAS

LORD. ¡Já, já, já! ¡Malas trazas tiene el hidalgo!

GUAR. 1.° Se marchó muerto de miedo.

LORD. Librándose de una paliza. Pero, en fin, no nos ocupemos más de ese imbécil. Tengo que deciros cosas graves. Se trata de María Stuardo. Ya sabéis que debe elegir nuevo esposo, y que muchos príncipes de Europa se disputan su mano. Pues bien, señores, la elección la haré yo.

GUAR. 1.° ¿Vos?

LORD. ¡Yo! ¡El capitán de la Guardia escocesa! ¡El favorito de la Reina Catalina. Oidme bien! No tengo secretos para vosotros. Nuestra fortuna es la misma, y me pertenecéis como yo os pertenezco.

TODOS. Hablad.

LORD. Quiero que María se case con su primo el Conde Enrique Darnley, último de los Stuardos.

GUAR. 1.° ¡Un niño!

LORD. Que vivirá, por lo tanto, bajo mi dominio, y reinaremos de hecho.

GUAR. 1.° ¿Pero ella... le ama?

LORD. ¿Quién, María? Le aborrece más bien; ¿pero qué importa? La razón de estado es lo primero.

GUAR. 1.° ¡Pobre mujer!

LORD. Todo lo tengo decidido, y hoy mismo hablaré con la Reina, que habrá de someterse á mi voluntad. Precisamente esta tarde deben llegar á París los embajadores encargados de ofrecer marido á nuestra soberana, y es.

necesario que no acepte ninguno. Que se case con su primo, y nuestro porvenir está asegurado. Pero, ¡callad! (Mirando á la derecha.) ¿No es aquel Darnley? ¡Sí, sí! Siempre alegre y despreocupado. Sólo piensa en gozar y en divertirse.

ESCENA XI

DICHOS; DARNLEY, por la derecha.

MÚSICA

DARN. Saludo á los valientes
Guardias de Escocia.
TODOS. Todos agradecemos
vuestra lisonja.
DARN. Lo mismo en la guerra
que en lides de amor,
la Guardia escocesa
segura triunfó.

I

Como ligera mariposa
que errante va de flor en flor,
así mi mente caprichosa
corre sin tregua ni temor.
Tras la ilusión y los amores,
tras el contento y el placer,
siempre endulzando mis dolores,
siempre rindiendo á una mujer.
Y así la vida
pasando va,
que vivir de otro modo es locura,
es locura vivir sin gozar.
TODOS. Y así la vida... etc.

II

DARN. Sueña mi mente acalorada
con las delicias de un Edén,
donde las gracias de mi amada
todo su encanto ansiosas den.
Y entre la mágica armonía
de aquel ambiente seductor,
gustar sin tregua la ambrosía
de su perfume embriagador.
Y así la vida
mejor será,
que vivir de otro modo es locura... etc.

TODOS. Y así la vida... etc.

HABLADO

DARN. ¿Queréis decirme, señores, qué diablos hacéis por estos sitios?

LORD. Precisamente lo mismo que haréis vos: aburrirnos soberanamente.

DARN. ¡Vive el cielo! ¡Aburrirse habiendo mujeres guapas, y llevando al cinto una espada, parece increíble!

LORD. Pensábamos además en los embajadores que hoy mismo llegarán á París, y serán presentados á la Reina, vuestra prima.

DARN. Sí, para que elija entre ellos nuevo esposo. Sólo al pensarlo hierve en mi pecho la rabia, y me creo capaz de matarlos á todos.

LORD. Nada temáis. María Stuardo no puede aceptar otra unión que la impuesta por la conveniencia de su reino, y esa unión, señor, está en la conciencia de todos. (Bajando la voz.)

DARN. ¿Lo creéis así?

LORD. Lo creo, y estamos decididos á realizarla.

DARN. El tiempo apremia.

LORD. Hoy decidirá vuestra ilustre prima, y su contestación significará la paz ó la guerra. Todos los buenos escoceses os aclaman, y esperan vuestro triunfo.

DARN. ¡Oh, callad! No alimentéis una esperanza embriagadora, que puede quedar desvanecida al menor soplo.

LORD. Repito que...

DARN. Bien, bien. Lucharemos: y mientras, á gozar, á reir... Seguidme, señores...

LORD. Como gustéis.

ESCENA XII

DICHOS y CHATELARD. Al entrar Darnley por la derecha, sale Chatelard y se tropiezan.

DARN. ¡Oh!

CHAT. ¡Dispensad!

DARN. ¡Maldito atolondrado! (Vase por la derecha.)

ESCENA XIII

CHATELARD; luego ARTABÁN

CHAT. El Conde Darnley y sus amigos los escoceses, capitaneados por el ambicioso Maxwuell. ¡Mal encuentro!

ART. (Saliendo de la taberna.)
Bueno, aquí te aguardaré.
Modera tu loco afán.
(Ve á Chatelard.)
Pero... ¿qué miro?

CHAT. ¡Artabán!

ART. ¡El mismo! (Se abrazan.)

CHAT. Nunca pensé
encontraros.

ART. Ni yo á vos.

CHAT. ¿Qué hacéis en París?

ART. ¡Friolera!

CHAT. Contádmelo.
ART. ¡Eso quisiera!
CHAT. ¿Algún secreto?
ART. ¡Por Dios!
¡Secretos con Chatelard!
¡En París mi sólo amigo!
¡Eso nunca! No os lo digo,
porque es largo de contar.
Hace tiempo os conocí
en Gascuña, tierra amada,
y hoy mi estrella afortunada
me juntó con vos aquí.
Vengo como va la nube
por fuerte viento impelida,
sin comprender en la huída
por qué baja ó por qué sube.
CHAT. Pues yo, triste y sin consuelo,
lucho con la ingrata suerte,
y en vano busco la muerte.
ART. ¿La muerte? ¡Chistoso anhelo!
Mas ya logro adivinar
lo que os hace desgraciado.
CHAT. ¡Ah! ¿Lo habéis adivinado?
ART. ¡En seguida! ¡El verbo amar!
¡Bah! Cualquiera lo repara
ante ese rubor que os vende.
Cuando el corazón se enciende,
sube el reflejo á la cara.
Vaya, hablad, alma sensible.
¿Dónde habita ese tesoro?
CHAT. La mujer que necio adoro,
es para mí un imposible.
Y es tan grande mi osadía,
y tan loca mi ilusión,
como alta su condición.
ART. Decid el nombre.
CHAT. (Bajando la voz.) ¡María!

ART. ¿La Reina?
CHAT. ¡La Reina, sí!
ART. ¡Pues es flojo el disparate!
CHAT. Por ella mi pecho late
desde el punto en que la ví.
Yo la sigo por do quier,
y aliento con mi esperanza.
ART. ¡Todo en el mundo se alcanza!
CHAT. Ayer...
ART. ¿Qué sucedió ayer?
CHAT. Unos versos la escribí,
y al pasar en su litera,
hallé listo la manera
de arrojárselos allí.
ART. ¿Hacéis versos?
CHAT. (Sonriendo.) Tengo días.
ART. ¿Sois poeta, según voy viendo?
CHAT. Sí, tal.
ART. ¡Toma! ¡Ahora comprendo
por qué soñáis tonterías!
CHAT. ¡Si yo la pudiera hablar,
aunque á sus pies muerto fuera!
¡Si yo hallase la manera!...
ART. ¡No es difícil de encontrar!
CHAT. ¿Qué decís?
ART. Digo muy bien.
¡Bah! ¡Calmad vuestra impaciencia!
La hablo, la pido una audiencia,
os llevo á verla, y ¡amén!
CHAT. ¿Vos?
ART. ¡Yo mismo!
CHAT. ¿Pero entráis
en palacio?
ART. ¡Toma, toma!
Como en mi casa; no es broma,
y mañana á verlo vais.
¿Copiásteis vuestra poesía?

CHAT. ¡Aquí la llevo! (Le da los versos.)
ART. Eso es.
Mañana mismo, á las tres,
visitaréis á María.
Vestid el traje más bello,
que eso á la mujer agrada,
y ensayad una mirada
del más lánguido destello.
Cerca de palacio aguardo.
CHAT. En vos humilde confío,
y si no es un desvarío...
ART. ¡Á las tres! ¡Yo nunca tardo!
CHAT. ¡Os esperaré sin calma,
aunque mi dicha es completa!
ART. ¡Adiós, sencillo poeta!
CHAT. ¡Adiós, amigo del alma! (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

ARTABÁN; luego GALOPÍN

ART. Se presentó una aventura
como la soñó el deseo.
¡Ya en tal intriga, me veo
elevado á inmensa altura!
¡Negocio arreglado! Ahora,
saber tan sólo es preciso
cómo cumplo el compromiso
de hablar con esa señora.
¿Cómo á palacio he de ir?
¿Cómo llevo á Chatelard,
si no sé por dónde entrar,
ni sé por dónde salir?

GALOPIN. (Saliendo de la taberna con capotillo y sombrero.) Ya me he despedido del patrón, y soy vuestro enteramente... ¿Pero qué es eso? ¿En qué pensáis?
ART. Díme una cosa, Galopín.

GALOPIN. Decid.

ART. ¿Has entrado tú alguna vez en el Louvre?

GALOPIN. Muchas veces.

ART. ¿De veras?

GALOPIN. En los patios, sí señor.

ART. ¡Imbécil! Hablo dentro de palacio.

GALOPIN. ¡Ah! ¡Eso nunca!

ART. ¿Y si tuvieras necesidad de hacerlo, de qué medio te valdrías?

GALOPIN. Pues muy sencillo.

ART. ¿Es sencillo? Habla, habla.

GALOPIN. Pues... No lo sé.

ART. ¡Zopenco!

GALOPIN. Me parece cosa imposible.

ART. (Y sin embargo, es preciso que yo invente un medio.)

GALOPIN. (Sacando una cartera y un lápiz.) Cumpliendo vuestras órdenes, aquí llevo apuntados los primeros gastos.

ART. (Sin dinero, sin vestidos, sin conocer á nadie...) (Pasea. Galopín detrás.)

GALOPIN. Vuestra comida importó dos libras. (Yo he puesto cuatro y media.)

ART. (Siempre prometo, sin calcular nunca á lo que me expongo.)

GALOPIN. ¿Queréis ver la nota?

ART. ¿De qué? (Parándose.)

GALOPIN. Del gasto que yo...

ART. ¡Bueno, bueno! Me fío de tí en absoluto. ¡No quiero ver nada!

GALOPIN. Gracias por ese honor. (¡Me hago rico de esta hecha!)

ESCENA XV

DICHOS; CORO GENERAL DE ALDEANOS y ALDEANAS, y SAMUEL. Varios criados de éste conducen á la mano dos ó tres arcones llenos de ropa.

MÚSICA

SAMUEL. Aquella es mi casa;
venid por acá.
GALOPIN. ¿Qué miro? Es Samuel.
SAMUEL. El mismo. ¿Qué tal?
Voy muy de prisa,
pronto á guardar
cien trajes que ahora mismo
acabo de comprar.
ART. ¿Cien trajes? ¿Cómo es eso?
GALOPIN. Yo os debo presentar
al mercader más célebre
de toda la ciudad.
(A Samuel, bajo, señalando á Artabán.)
Es un señor riquísimo.
SAMUEL. ¿Riquísimo? Mirad
si hay algo que os agrade;
mostrarlo sin tardar.
(Enseñando las prendas que se indican, y que sacan del arcón.)
Tenemos este calzón.
CORO. De extraña composición.
SAMUEL. Terciopelo sin segundo.
CORO. Lo mejor que hay en el mundo.
SAMUEL. Tenemos esta ropilla.
CORO. Que no hay otra más sencilla
ni de tanto relumbrón.
SAMUEL. Ni le falta una presilla,
ni un botón.
Tenemos este coleto,
tan fuerte como completo;

y este traje de moiré,
va de adornos bien repleto,
y más bello no se ve.
Ningún príncipe ha llevado
este traje de brocado
tan hermoso y tan cabal.
Y más hay, que se ha sacado
de buen corte y sin usar.

CORO. Todo se vende;
todo se alquila,
y tan barato,
no hay quien resista.
Por poco precio
se viste aquí
la flor y nata
que hay en París.

—

SAMUEL. Para ver las embajadas
que á París deben llegar,
es preciso componerse
porque el lujo aumentará.

ART. ¿Vienen embajadores?

SAMUEL. Hoy mismo aquí estarán
á pedir de la Reina la mano,
pues todos los reyes
se quieren casar.

ART. (¡Demonio! ¡Buena idea!)
Entremos pronto allá,
que tres ó cuatro trajes
os vamos á alquilar.
(Embajador de Navarra
yo me nombro sin tardar,
y en palacio mi embajada
con su séquito entrará.)

SAMUEL. Venid en seguida.
Venid sin tardar.

ART. (A Galopín.)

Tú pagas la ropa
y apuntando vas.

GALOPIN. Yo pago y apunto.
(¡Qué gusto me da!
De esta vez me redondeo.)

ART. (Esta vez logré mi afán.)

(Entran por la derecha, Samuel, Artabán, Galopín, y los Criados con el arcón.)

CORO. (Aldeanos y Aldeanas, que siguen en escena.)
Pasen, pasen, sin cuidado.
Satisfechos quedarán,
que Samuel barato vende
y es su gusto proverbial.

ZINGS. (Dentro. Por el foro derecha.)
Lán, lán, lán, lán.

CORO. ¡Silencio, muchachos!
¡Silencio! Escuchad.
Alguna comparsa
sin duda será,
que viene á la feria
su garbo á mostrar.

—

Es una tropa de Zíngaras.
Todas vienen hacia acá.
Formen corro, y que aquí bailen;
formen corro sin tardar.

ESCENA XVI

DICHOS; GRAN COMPARSA DE ZÍNGARAS

ZINGS. Lán, lán, lán, lán.

CORO. Bien venidas sean.
¡Ay, qué guapas son!
Canten en seguida;
venga una canción.

I

Zing. 1.ª Por el mundo voy errante,
madrecita de mi vida.
Todas. No hay ninguna que más cante,
ni que esté más desvalida.
¡Ay, cielo azul
de la tierra bendita
donde yo nací!
Díme, por qué
¡ay! tan desgraciadita,
mi cielo, nací.
Coro. ¿Por qué, por qué?
Zings. Yo no lo sé.
Tras la buena fortuna he corrido
mas no la encontré.
Todos. Lán, lán, lán, lán.

II

Zing. 1.ª El cantar de mis amores,
madrecita de mi vida.
Todas. Me dejó con sus rigores
sin amparo y afligida.
¡Ay, corazón!
Cuánto sufres y lloras,
sin saber por qué.,
díme, ¡ay de mí!
si los ojos que adoras
conocen tu fe.
Coro. ¿Por qué, por qué?
Zingaras. Yo no lo sé... etc.

—

Coro. ¡En baile, en baile!
No haya temor:
den una prueba
de su primor.

(Aparece por la derecha nueva comparsa de Zíngaras, bailarinas, y bailan. Terminado el baile, salen Artabán y Galopín, lujosamente vestidos, de casa de Samuel.)

ESCENA XVII

DICHOS; ARTABÁN y GALOPÍN

ART. Ya estoy vestido.
¿Qué tal?
CORO. Muy bien.
GALOPIN. (Paseando.) Yo feliz me contoneo
con el puesto que logré.
ART. (Y ahora á palacio.)
Sígueme pues.
GALOPIN. ¡No es floja ganga
la que pesqué!
(Vanse contoneando por el foro izquierda.)
LOS DOS. ¡Adiós, muchachos!
CORO. Pásenlo bien.
Muy buenas tardes,
y hasta más ver.
¡En baile, en baile!
Yo bailaré.
(Baile general y animadísimo. Ahora baila hasta el Apuntador.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

REINA DE FRANCIA Y DE ESCOCIA

Los jardines del Louvre. Decoración pintoresca á todo foro.

ESCENA PRIMERA

MARÍA STUARDO, ESTRELLA, DAMAS DE HONOR, CORTESANOS, GENTILES HOMBRES, BELFORD, MONTGIRONT, BRANTOME, PAJES y SERVIDORES

La Reina se halla sentada á la derecha examinando un dibujo. Sus Damas la rodean, sentadas, unas en taburetes, y otras de pie. A la izquierda, los Caballeros forman un grupo. Al fondo, se distinguen los Pajes, Guardias y Servidores. El conjunto forma un cuadro caprichoso, lleno de color y artísticamente preparado.

MÚSICA

CORO DE SEÑORAS.

El dibujo es caprichoso,
lindo en verdad:

son las flores un prodigio
de habilidad.
El artista que denota
su ingenio así,
protegido de los reyes
debe vivir.

CORO DE CORTESANOS.

¿Quién de los Príncipes,
quien hoy será,
el que á la Reina
logre agradar?
Todos su mano
van á pedir:
el elegido
será feliz.

MARIA. (Se levanta, y las Damas también. Movimiento general. María se coloca en el centro de la escena.)

En la plácida alegría
de esta corte soberana,
vive siempre el alma mía
y de orgullo se engalana.
Nadie iguala á su nobleza,
nadie iguala su saber,
y su histórica grandeza
constituye su poder.
Feliz la Reina
que, como yo,
rige el destino
de esta nación.
Feliz quien vive
bajo este sol,
y de Francia las brisas süaves
aspira dichosa con dulce emoción.

TODOS. Feliz quien vive... etc.

MARIA. Del recóndito destino
que á los Reyes encadena,
una estrella en mi camino

brilla al cabo de luz llena.
Y esa estrella venturosa
que ilumina el corazón,
es mi Francia, patria hermosa,
rica luz de mi ilusión.
Feliz quien vive... etc.

TODOS. Feliz quien vive... etc.

HABLADO

MARIA. Ya sabéis, señores, que esta tarde habrá fiesta en palacio, y que deseo verlos á todos.

MONT. Ninguno faltaremos, señora. Y eso que para mí las fiestas tienen poco atractivo. Prefiero el humo de la pólvora al brillo de los salones.

MARIA. Sí, sí: vuestra bravura os domina, general.

MONT. Todavía recuerdo con entusiasmo mi última batalla...

MARIA. La de San Quintín, ¿no es cierto?

MONT. ¡Oh, qué jornada tan memorable!

BELFORD. Y hay, sin embargo, quien asegura que no estuvísteis en ella.

MONT. ¡Calumnias, viles calumnias! Ya conseguiré algún día probarlo de un modo terminante.

BELFORD. Yo, como hábil diplomático, ni lo niego ni lo afirmo públicamente. ¡La diplomacia se reserva! ¡Esta es su misión!

BRANT. Y nadie la practica con mayor éxito. Sois un diplomático modelo.

BELFORD. Pues creed que también hay quien lo duda.

MARIA. ¡Envidias, puras envidias!

BRANT. Lo he dicho en mis libros muchas veces, y lo repetiré en el que estoy terminando.

MARIA. ¡Hola! ¿escribís un nuevo libro?

BRANT. Que habrá de leerse en toda Europa.

BELFORD. Ni lo afirmo ni lo niego. ¡Me reservo!

MONT. A mí, que no me den libros: que me den balas y cintarazos. ¡La guerra es mi elemento!

ESCENA II

DICHOS; LORD MAXWUELL y DARNLEY, por el foro derecha.

LORD. Pasad: aquí está la Reina.

MARIA. Sed bien venido, milord. Buenos días, primo mío. ¿Qué asuntos os traen por aquí? Hace tiempo que no parecéis por el Louvre.

DARN. He oído decir, María, que os volvéis á casar. ¿Pensáis seriamente en ello?

MARIA. No, y sí. No, porque á nadie amo; sí, porque todo me aconseja buscar un Príncipe poderoso que preste á mi corona nuevo brillo y me proteja contra los ataques de mis enemigos.

DARN. ¿Y habéis hecho ya la elección?

MARIA. Todavía no. Se presentan como candidatos, bien lo sabéis, el Archiduque de Austria, el Príncipe de España y el Rey de Suecia. Los enviados de Austria y España vendrán aquí dentro de poco para serme presentados; pero como nada oficial puedo responder, los recibiré sin etiqueta alguna en estos jardines. Aconsejadme, Enrique, cuál es vuestro protegido, ¿el Archiduque?

DARN. Es un Príncipe extranjero y pobre.

MARIA. En cuanto á la Suecia...

DARN. ¡No hablemos de ella!

MARIA. Y con respecto á España...

DARN. No sé, prima mía, si me atreva...

LORD. Yo me atreveré por vos, milord. Señora, nunca vuestro pueblo aceptará por Rey al hijo de Felipe II, el verdugo de la religión reformada.

MARIA. El Austria es muy pobre, la España muy católica, la Suecia muy glacial... ¿Qué hacer entonces? Sabéis, señores, que es muy difícil casar á una Reina, y sobre todo á una Reina sin dote.

LORD. ¿Sin dote? Vos tenéis un reino.

MARIA. ¡Está tan lejos!

LORD. Pero allí os aman, y os aguardan. Creedme, señora.

Consagrad un recuerdo á ese pobre y querido país perdido entre las nieblas. Proclamáos Reina de Escocia, y cien mil clamores se elevarán para defender vuestro trono.

MARIA. ¡No, no! Yo soy francesa de corazón, y quiero permanecer en Francia.

PAJE. (Anunciando.) Su excelencia el marqués de Santa Cruz, Embajador de Su Majestad católica Felipe de España!

MÚSICA

MARIA. Sin tregua alguna
puede pasar,
que aquí le aguarda
Su Majestad.

(La Reina se sienta. Las Damas y los Cortesanos se colocan convenientemente. Maxwuell y Darnley quedan en primer término á la izquierda. Mientras se canta el coro siguiente, aparece el Embajador precedido de Guardias, Pajes, Gentiles Hombres, etc., y seguido de su séquito compuesto de varios Caballeros de la corte española, y Pajes, Escuderos y Guardias del mismo país.)

CORO. Llegó el momento.
¿Qué irá á decir
al enviado
de ese País?
Silencio ahora,
no hay que chistar.
Oigamos lo que dice
Su Majestad.

HABLADO

(Música en la orquesta.)

MARIA. Sea bien venido á la corte de Francia el enviado de Felipe II. Hablad, caballero, os escuchamos.

EMBAJ. Este pliego escrito de mano del Rey, mi señor, dirá á la augusta viuda de Francisco II la alta misión que me trae cerca de ella. (Entrega un pliego á la Reina.)

LORD. (A Darnley, mientras la Reina lee.)

CANTADO

No hay miedo. Estad tranquilo;
conozco su respuesta.

DARN. La rabia me sofoca;
la rabia y la impaciencia.

LORD. Cuidado. Mucha calma;
disimular es fuerza.

CORO. Silencio ahora,
no hay que chistar;
oigamos lo que dice
Su Majestad.

HABLADO

(Piano en la orquesta.)

MARIA. Señor marqués: la alta prueba de estimación que nos da el Rey de España al dirigirnos este mensaje, nos honra en extremo. Vos comprenderéis muy bien que necesitamos deliberar algunos momentos. Pronto conoceréis nuestra decisión.

EMBAJ. Espero que será tan alhagüeña como el Rey Felipe, y España entera aguardan.

(Sigue la música, mientras desfila la Embajada, marchándose por la derecha.)

CANTADO

CORO. Ya la respuesta
listo imagino.
No quiere á España

de ello hay indicios.

DARN. (Respira el pecho
con libertad.)

LORD. (Mientras no marche á Escocia
sin tregua he de luchar.)

TODOS. La Reina con España
no quiere emparentar.
Si amor no hay en su pecho,
ninguno triunfará.

(La Reina y los Cortesanos se han retirado al fondo, quedando solos en el proscenio Maxwuell y Darnley.)

HABLADO

LORD. Os dejo solo con la Reina.

DARN. ¿Solo?

LORD. La ocasión es oportuna. Declarará vuestro amor, y sepamos de una vez lo que podéis esperar de la Reina María. Su decisión dictará vuestra conducta.

DARN. ¿Y si se niega á mis súplicas?

LORD. Entonces será preciso que abandone la Francia.

DARN. Nunca consentirá en ello. La ama demasiado para dejarla.

LORD. Y sin embargo partirá. Estoy seguro. En Escocia mandamos nosotros, y tendrá que obedecer de grado ó por fuerza. ¡Silencio! ¡Ella se acerca! ¡Allí fuera os aguardo! (La Reina baja al proscenio. Todos se marchan por el foro. Maxwuell, por la izquierda, primer término.)

ESCENA III

MARÍA y DARNLEY

MARIA. (Reparando en él.) ¡Ah! ¿Estábais ahí?

DARN. Deseaba hablaros un momento.

MARIA. Ya os escucho.

DARN. Hace poco os habéis dignado interrogarme á proposito de esas alianzas que quiere imponeros la Europa.
MARIA. Y vos me habéis contestado sincera y lealmente.
DARN. ¿Lo creéis así, señora?
MARIA. ¡Claro está!
DARN. ¿Y si los celos hubiesen dictado mi opinión?
MARIA. ¿Los celos?
DARN. ¡Los celos, prima mía!
MARIA. No os comprendo. Explicáos.

MÚSICA

DARN. Hace un instante,
fiero dolor,
sintió de pronto
mi corazón.
Cuando pudo vuestro labio
dar al fin una esperanza,
al que en nombre de su Rey
vuestra mano demandaba.
Y este terrible,
fiero dolor,
fué producto de unos celos
que años há siento por vos.
MARIA. ¡Tan niño y ya celos!
Dejad que me ría.
DARN. No es niño el que adora
con ansia infinita.
MARIA. Si un sueño de amores
así vive en vos,
como sueño solamente
vuestro labio lo evocó.
DARN. Oidme, señora,
con atención.
Soy rico, soy noble,
y Stuardo nací.

La Reina es mi prima.
No hay más que decir.
Si aspiro á su mano,
ninguno osará
oponer un veto
á mi voluntad.

MARIA. Sois niño, sois loco,
soñáis nada más.
La Reina á su pueblo
se debe inmolar.
Si noble nacísteis,
nobleza será
desistir sin tregua
de vuestra ansiedad.

DARN. (No he de vencer,
bien claro está.
Vana ha de ser
mi voluntad.
Fuerza es al fin.
Fuerza es luchar.
Salga de aquí
sin vacilar.)

MARIA. (No ha de vencer,
bien claro está.
Vana ha de ser
su voluntad.
Loco es al fin,
loco es su afán.
Lo he de rendir
sin vacilar.)

DARN. Vuestra mágica fortuna
con mi nombre sostendré,
y el amor que arde en mi pecho
á esas plantas postraré.

—

Vuestro trono vacilante
un escudo en mí tendrá,

y en Europa vuestro nombre
respetado vivirá.

—

De la Francia que amáis tanto
no saldremos vos ni yo,
y su cielo hermoso y puro
será emblema de mi amor.

—

MARIA. Vuestra loca fantasía
es preciso desterrar.
No soñéis, porque María
vuestro amor no ha de aceptar.
De mi trono vacilante
el escudo yo seré,
que aunque sola, no me faltan
el valor ni la altivez.
Si mi Francia me abandona,
con mi estrella he de luchar,
que mi vida es de la patria,
y por ella la he de dar.

LOS DOS. No he de vencer... etc.
No ha de vencer... etc.

HABLADO

DARN. ¿Es esa vuestra última resolución?

MARIA. Sí, primo mío. ¡Yo no quiero ni puedo amar á nadie!

DARN. (No hay esperanza para mí. Es preciso que vuelva á Escocia.) (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA IV

MARÍA y ESTRELLA

Durante la escena anterior, Estrella permaneció en el fondo.

MARIA. No esperé nunca esa revelación.

EST. ¿Verdad, señora, que no os casaréis con lord Darnley?

MARIA. Una Reina no puede disponer libremente de su cora-

zón. Pero, en fin, dejemos esto por ahora. Acaba de contarme, ya que estamos solas, tu aventura de la feria. Me dijiste que te perseguían unos estudiantes después de haberte separado de la persona que te acompañaba.

EST. En efecto. Yo corría muerta de miedo, sin saber dónde meterme, cuando de pronto, un caballero que se hallaba no recuerdo dónde, sale de improviso y espanta á aquellos locos. Según me dijo, es un noble hidalgo de Gascuña, muy rico y poderoso. A esto llegó Maxwuell con sus amigos los guardias, y trató de insultar á mi salvador.

MARIA. ¿Por qué causa?

EST. Porque no podía tolerar, según indicó, que me galantease nadie.

MARIA. ¡Sí, sí! Ahora recuerdo que Maxwuell quiere hacerte su esposa.

EST. Pero vos os opondréis á ese deseo, ¿no es cierto? Jamás consentiré en darle mi mano. Tengo miedo á ese espíritu pérfido; á ese corazón seco y orgulloso.

MARIA. Dichosa tú que puedes aborrecer ó amar libremente.

EST. Vos no podéis hacerlo, ¿verdad? Pero, en fin, nada os impide pensar alguna vez en los que os aman.

MARIA. ¡Calla! Si alguien escuchase...

EST. Decidme, ¿no le habéis vuelto á ver?

MARIA. No tal. Ya te conté que al salir de Santa Génoveva, se acercó á mi litera y dejó caer estos versos, (Sacando un papel.) que por cierto son muy bellos, y parecen escritos con el corazón.

(Leyendo.) «Si es la esperanza un Edén
que da vida á quien la alcanza,
por alcanzar mi esperanza
diera mi vida también.»

EST. ¡Callad! ¡Alguien viene! ¡Malditos importunos!

MARIA. (Que guardó rápidamente los versos.) Sígueme. (Vanse por la izquierda, primer término.)

ESCENA V

ARTABÁN, CHATELARD y GALOPÍN. Salen por el foro derecha, lujosamente vestidos.

ART. ¡Adelante, adelante y no hay que temblar!

CHAT. ¿En dónde estamos?

ART. ¿Dónde? Dentro del palacio.

GALOPIN. Estos deben ser los jardines.

ART. ¡Y decían que era difícil llegar hasta aquí! Ya lo habéis visto. Nos acercamos á la puerta. ¡Atrás dicen! ¿Cómo atrás? ¿Quién sois? El Embajador de Navarra, imbécil. Y estos señores mi séquito. Nos hacen una reverencia y pasamos.

GALOPIN. A poco, nuevo tropiezo con un señor muy grave y estirado que nos mira de arriba á abajo...

ART. Y al cual vuelvo á repetir sin detenerme. La embajada de Navarra. Segunda reverencia.

GALOPIN. Y sin más inconvenientes, llegamos aquí.

CHAT. Vuestra osadía puede costarnos cara.

ART. Juré presentaros hoy á la Reina, y cumpliré mi palabra, cueste lo que cueste. ¿Para qué hemos venido? ¿Para qué hemos alquilado estos brillantes y ricos trajes?

GALOPIN. (Sacando la cartera.) Y que fueron carillos, señor. Aquí llevo la nota. Mirad.

ART. Ya he dicho mil veces que no me ocupo nunca de esas miserias.

GALOPIN. Sin embargo...

ART. Tú con apuntar tienes bastante; luego me dices... ¡Tanto!... y santas páscuas.

GALOPIN. ¡Corriente! (Guardando la cartera.) (Mejor que mejor.)

CHAT. ¿Qué hacemos?

ART. Registrarlo todo. Nuestro cargo diplomático debe abrirnos las puertas arriba como abajo. Hasta tropezar con la Reina, no paro.

GALOPIN. ¿Digo, eh? Quien había de figurarse que me iba á codear con Su Majestad.

ART. ¡Calla, imbécil! Si continúas á mi servicio, te has de codear con personas más altas. Entremos por allá. Cuidado con perderse. Mucha serenidad y mucho contoneo.

CHAT. ¡Maldito gascón!

GALOPIN. ¡Cuando digo que estoy por la nobleza! ¡Muchísimo contoneo! (Vanse por el foro izquierda. Galopín marcha el último dándose aires de gran señor.)

ESCENA VI

BELFORD, BRAMTOME y MONTGIRONT, saliendo por el foro derecha.

MONT. ¡Já, já, já! ¡Es chistoso, extraordinario!

BRAMT. ¡Imprevisto!

BELFORD. ¿Pero estáis seguro?

BRAMT. ¡Toma, toma! Acaba de llegar.

BELFORD. ¿Y con qué objeto?

MONT. Con el objeto de pedir la mano de María Stuardo.

BELFORD. ¡Pedir la mano de la Reina un Embajador de Navarra!

BRAMT. ¡Já, já, já!

MONT. ¡Já, já, já!

BRAMT. ¡Un reino que apenas coge en estos jardines!

MONT. No ví ni uno sólo de sus súbditos en la batalla de San Quintín.

BRAMT. (A Belford.) Ya salió la batalla. No sabe hablar de otra cosa.

BELFORD. (A Bramtome.) Y nos consta que no asistió á ella. (Alto.) ¿Qué os parece la embajada?

BRAMT. Que aprovecharé el personaje para el libro que escribo y que tanto ruído va á producir en Francia.

BELFORD. (A Montgiront.) Ya salieron sus libros.

MONT. (A Belford.) Y nadie los lee.

BRAMT. Será algún tipo de la montaña. ¡Como si lo viera!

BELFORD. Ya sabéis, señores, que como hábil diplomático, no me río más que cuando la etiqueta lo exige.

MONT. (A Bramtome.) Siempre con su manía.

BELFORD. ¡Pues bien! ¡Ahora... já, já, já! ¡Ahora falto á la etiqueta!

TODOS. ¡Já, já, já!

PAJE. (Sale por la izquierda y anuncia.) ¡El Embajador de Navarra! (Vase.)

BRAMT. ¡Él es! (Se retiran un poco al foro.)

ESCENA VII

DICHOS y ARTABÁN

ART. ¡Malhaya tu casta! Ese diablo de Paje dió al traste con nuestro proyecto. ¡Pues no se empeñó en anunciarme diciendo que no podíamos pasar de aquí! Los otros quedaron ocultos entre esos árboles. (Repara en los Caballeros y saluda. Los otros le saludan profundamente uno detrás de otro. A cada reverencia, Artabán contesta con la suya exajerada.) (Si no es más que esto, saludaré hasta el día del juicio.)

MONT. ¡Excelencia! (Qué facha.)

ART. ¡Ilustrísima! (Sudo como un pollo.)

BRAMT. (¡Y qué ordinario!)

BELFORD. (¡Es un ente ridículo!) (Los tres Caballeros suben el foro riendo y burlándose de Artabán. Este no sabe qué hacer y mira á un lado y á otro.)

CABS. ¡Já, já, já!

ART. (Creo que se están burlando.)

ESCENA VIII

DICHOS; ESTRELLA, sale por la primera izquierda y ve á Artabán.

EST. ¡Qué miro!

ART. ¡Cielos! ¡No me engaño!

EST. ¡Mi salvador!

ART. ¿Sois de palacio?

EST. Ya lo veis. Pero, ¿y vos?

ART. Yo también. Digo, no. Yo soy ahora Embajador nada más.

EST. ¿Embajador?

ART. De Navarra. Me he nombrado yo mismo.

EST. ¿Estáis loco?

ART. Decidme quiénes son aquéllos que tanto se ríen de mí. Aquel de la izquierda tan feo, ¿quién es?

EST. Belford. Un diplomático muy torpe.

ART. ¿Y aquél del bigote?

EST. Montgiront. Un general que sólo habla de la batalla de San Quintín, en la cual no estuvo nunca.

ART. ¿Y el tercero?

EST. Bramtome. Un célebre escritor cuyos libros nadie conoce.

ART. Gracias, preciosa joven. Retiráos un instante. ¡Luego nos veremos!

EST. (No he visto mayor aplomo.) (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

DICHOS, menos ESTRELLA

ART. (Tose, llamando la atención de los otros, y se acerca á ellos.) Señores; os devuelvo vuestros saludos. Su Majestad el Rey de Navarra sigue muy bien.

MÚSICA

LOS TRES. Ya dijo alguna cosa.
No es mudo, no señor.

ART. Yo os saludo, caballero,
caballero de Belford.

BELFORD. (¡Sabe mi nombre!)
¿Me conocéis? (Muy sorprendido.)

ART. De la cruz á la fecha,
pues ya se vé.

—

Sois un diplomático
tan popular,
que no hay otro en toda Europa
que se os pueda comparar.

BELFORD. (¡Ah!) Muchas gracias. (Complacidísimo.)

ART. (Lo conquisté.)
¡Pero, calle! ¡Sí! ¡Qué veo!
¡Montgiront! ¡El mismo es!
¿No os acordáis de mi?

MONT. No tal.

ART. ¿Cómo que no?
Por vos estoy con vida.
¡Por vos, sólo por vos!

—

En la batalla—de San Quintín,
donde os batísteis—con gran valor,
vos me salvásteis—de un malandrín,
siendo yo víctima—de su furor.

MONT. ¿Es posible? (Muy admirado.)

ART. ¡Y tan posible!
¡Nunca ví bravura igual!

MONT. ¡Me parece recordarlo!

ART. (Conquistado el general.)
Dadme vuestros brazos.

MONT. Con gusto allá van. (Se abrazan.)
¿Quién hoy de mi empuje,
quién hoy dudará?
Por fortuna tengo aquí
un testigo presencial.

ART. Y vos el publicista,
el célebre Brantome,
mi Rey muchas memorias
me ha dado para vos.

BRANT. ¿Qué escucho? ¿Me conoce?

ART. ¡Pues digo! ¿Y cómo no,
si vuestros libros mágicos
su pasto sólo son?

BRANT. ¡Ya veis si tengo ingenio!
ART. (Vencido el escritor.)
LOS TRES. Es muy simpático,
fino y cortés;
tiene talento,
claro se ve.
No le hay más listo,
ni más cabal,
y tiene un rostro abierto
y angelical.
ART. (En un momento
los conquisté;
ya mi talento
claro se ve.
El diplomático
y el general,
¡qué cara me pusieron!
no ví otra igual.

HABLADO

BRANT. ¡Estoy confundido! ¡Es un bizarro mancebo!
BELFORD. Habla muy bien.
MONT. ¡Cuánto me alegro haberle salvado la vida!

ESCENA X

DICHOS; EL CANCILLER, sale por la derecha, se dirige á Artabán, y le saluda dos veces con gran ceremonia.

ART. (¿Quién será éste?)
CANC. Perdón mil veces, señor Embajador; pero soy yo quien desde hace largos años ejerce la sagrada misión de velar en el Louvre por las leyes de la etiqueta.
ART. ¿Y qué?
CANC. Que acabo de cometer con vos una infracción de las más graves.

ART. ¿Una infracción?

CANC. Por no haberos exigido todavía vuestras credenciales.

ART. ¡Bah! Los gascones somos muy francotes, y no gastamos cumplidos.

CANC. ¿Cómo francotes? Necesito que me mostréis...

MONT. ¡La Reina!

ART. ¡Cáspita! ¡Esto es peor!

ESCENA XI

DICHOS; MARÍA y ESTRELLA, por la izquierda.

MARIA. ¿Qué ocurre?

EST. (A María.) Es el gascón, señora, disfrazado de Embajador de Navarra.

CANC. ¡Vuestras credenciales, excelencia, ó me atravieso con mi espada!

ART. ¡No, hombre, no! (¡Qué bárbaro!) Aguardad. (¡Ah, qué idea!) Aquí están las credenciales. (Saca un papel.) Permitid que las entregue á la Reina misma. (Hincando una rodilla.)

MARIA. ¡Cómo!

EST. (A María.) Hacedlo por mí, señora.

MARIA. Levantad. (Lee bajo, después de recibir el papel.)

«Si es la esperanza un Edén
que da vida á quien la alcanza,
por alcanzar mi esperanza
diera mi vida también.»

(¡Los versos de Chatelard!) (A Estrella.)

EST. (Vivamente.) Señor Embajador, Su Majestad no tiene inconveniente en escucharos.

MARIA. (A Estrella.) ¿Qué haces?

EST. Ayudarle á salir de este trance.

CANC. La Reina aguarda, desde hace tres segundos y un ápice, que vuecencia exponga el objeto de su misión.

ART. ¡Ah, sí! El objeto de... (¿Cómo digo yo mi objeto aho-

ra?) Pues... muy sencillo. Señora, la Gascuña entera me encarga expresar á Vuestra Majestad el gran sentimiento que la embarga al reconocer que Enrique de Navarra, heredero presunto del trono, se encuentra en la imposibilidad absoluta de colocar su nombre al lado del de los ilustres pretendientes que aspiran á vuestra mano; pero el Príncipe sólo cuenta dieciocho meses de edad, y aunque quisiera, no se halla en condiciones de emparentar con nadie. (Todos contienen la risa.)

EST. (A María.) ¡En nombre del cielo, no os riáis!

MARIA. ¡Imposible!

EST. Señores, Su Majestad desea quedar sola con su excelencia el Embajador de Navarra. (Todos saludan y se marchan.)

ART. (¡Solo con la Reina! ¡Oh, felicidad!)

CANC. ¡Nunca, en mis largos años de servicios, ví cosa semejante!

ESCENA XII

MARÍA, ESTRELLA y ARTABÁN

Apenas quedan solos, Artabán se arrodilla.

ART. Dejadme abismar á los pies de vuestra misericordiosa Majestad. Hasta este momento no he comprendido lo insensato de mi audacia.

MARIA. Con efecto, caballero; y para mezclar á la Reina de Francia en tal comedia, debéis haber tenido un motivo muy poderoso. (Chatelard aparece por la izquierda.)

ART. El más poderoso de todos, señora: indicar á Vuestra Majestad una injusticia, ó, más bien, un olvido de su maestro de ceremonias, el cual permite que se deje á las puertas del Louvre á la diosa poesía, personificada, en el más ardiente de sus secuaces: en el Conde de Chatelard, á quien había jurado, en mi calidad de enviado extraordinario de las musas, presentar esta tarde á la Reina María Stuardo.

MARIA. (Viéndole.) (¡El es!)

ART. Aproximáos, Conde, y pedir perdón á la Reina de Francia por vuestra osadía.

CHAT. (¡Apenas respiro!) ¡Señora!...

MARIA. ¿Sois vos, señor Conde, quien me ha dirigido esta poesía? Son unos versos muy bellos, y toda mujer debe sentirse orgullosa de haberlos inspirado.

CHAT. ¿Aunque fuese una Reina?

MARIA. Aunque lo fuese. Y celebro mucho hallar en vos, no sólo un noble gentil hombre, sino un gran corazón. Habladme de vuestro pasado, de vuestras esperanzas...

CHAT. El pasado no existe. Hoy empieza mi vida. En cuanto á mis esperanzas, son tan grandes y tan locas, que mi razón no se atreve á acariciarlas.

EST. (Aparte á María.) Cuidado, señora: pueden venir.

MARIA. (Idem.) Dices bien. (Alto.) Adiós: ya nos veremos.

CHAT. ¡Quiera Dios que no olvide la Reina tan dulce promesa!

MARIA. Si la Reina la olvida, María se acordará. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XIII

ARTABÁN y CHATELARD; luego GALOPÍN

ART. ¿Qué tal?

CHAT. ¡Oh, amigo mío, queridísimo amigo! ¡Estoy loco de alegría!

ART. La cosa no es para menos.

CHAT. ¿Qué os ha parecido la Reina?

ART. Un alma soñadora, un corazón enamorado. ¡Animo, joven! Creo que venceréis... Luego os ahorcarán, pero eso es lo de menos.

GALOPIN. (Saliendo por el foro izquierda muy agitado.) ¡Señor, señor!

ART. ¿Qué ocurre?

GALOPIN. ¡Una cosa muy gorda!

ART. Explícate.

GALOPIN. ¡Se trata de la Reina!

CHAT. ¿De la Reina?

GALOPIN. Sí. Según acabo de oir, tratan de obligarla á marchar á Escocia; y luego de casarla, no sé con quién, y luego... en fin... una conspiración de tomo y lomo.

ART. ¿A ver, á ver?

GALOPIN. Yo estaba oculto entre los árboles, coma sabéis cuando oigo voces á mi lado, atisbo con sigilo, y veo... ¿á quién diréis? Al de la feria. Aquel que quiso movernos camorra: Maxwuell.

CHAT. ¡Maxwuell, el favorito de la Reina madre!

ART. ¡Ah! ¿Es ese Maxwuell? ¡Vamos, al cabo lo conozco!

GALOPIN. Muchos señores formaban corro, y le escuchaban con gran misterio. Sí—decía bajito Maxwuell,—la Reina no acepta su mano. Es preciso que vaya á Escocia, y allí venceremos.—¿Pero cómo obligarla á partir?—exclamaba una voz. — Inglaterra nos protege.—Decía otro: ella la obligará.—Y el uno: el Embajador.—Y el otro: ¡Isabel!—Y éste: ¡el Duque!—Y aquél: ¡sucumbirá!—Y yo: ¡como alguno me descubra, me dan la gran paliza!

ART. ¿Paliza? ¡Quiá! Te cuelgan de un árbol.

GALOPIN. Por fortuna, se oyó á lo lejos ruído de voces, y el grupo se disolvió, marchándose cada cual por su lado.

CHAT. Hay que velar por la Reina.

ART. Acabas de prestar un servicio inmenso, en premio del cual te doy quinientas libras.

GALOPIN. (Alargando la mano.) ¡Tanta honra!

ART. (Viendo su ademán.) ¡Apunta, apunta!

GALOPIN. ¡Ah! ¡Es cierto! (Saca el libro y escribe.) «Por el servicio inmenso, mil quinientas.»

CHAT. Hacia aquí se dirige la corte.

UN PAJE. (Por la derecha, anunciando.) ¡El Embajador de Inglaterra! (Vase.)

GALOPIN. ¿Lo veis? ¡Ya salió Inglaterra!

ART. Coloquémonos en ese lado, y oigamos sin pestañear.
(Se colocan á la izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS; MARÍA, ESTRELLA, LORD MAXWUELL, DARNLEY y CORO GENERAL DE CORTESANOS; luego EL EMBAJADOR DE INGLATERRA, y su séquito: cada cual sale indistintamente por la derecha y por la izquierda.

MARIA. ¿Qué objeto puede conducirle aquí, ni qué tiene de común María Stuardo con Isabel, la amiga del Duque de Leicester?

EST. ¡Prudencia, señora!

LORD. (A Darnley.) ¡Llegó el momento ansiado! ¡Ya veréis cómo se realizan mis proyectos! (Música en la orquesta mientras hace su entrada la embajada de Inglaterra: María la recibe de pie.)

EMBAJ. Señora: enviado por Su Majestad Isabel, Reina de Inglaterra, pongo á vuestros pies las simpatías de mi soberana.

MARIA. Tengo gran curiosidad de saber lo que desea mi querida hermana.

EMBAJ. La proposición que me trae es algo grave: María Stuardo va á casarse, y...

MARIA. Y quieren casarme en Inglaterra, ¿no es eso?

EMBAJ. En efecto, señora.

MARIA. Pero Isabel no tiene hijos ni hermanos. ¿Cuál es el esposo que vuestra Reina me destina?

EMBAJ. El Duque de Leicester. (Movimiento general de sorpresa é indignación.)

MARIA. ¡Oh! ¡Qué humillación! Me asombra la osadía de la hija de Ana Bolena y vuestra audacia, milord. Volved á Londres, y decid á esa Reina que usurpó la corona de Inglaterra, que María Stuardo rehusa aceptar por esposo al amante de Isabel.

EMBAJ. ¡Señora, ante esa ofensa dirigida á mi augusta soberana, la Inglaterra, por medio de su Embajador, declara la guerra á la Escocia!

MÚSICA

ART. (Comprendo la añagaza.
Es una vil traición.)

MARIA. ¿Queréis al fin la guerra?
Desde hoy la acepto yo.

LORD. ¡Cuidado, señora;
os debo advertir,
que estando vos en Francia...

MARIA. ¡Comprendo! Estaré allí.
Yo dejaré mi Francia idolatrada,
y sin temor á Escocia partiré.
Con mi nobleza, he de luchar airada,
y á mis contrarios pronto venceré.

TODOS. La Francia abandona.
Cumplió su deber.
Escocia la llama
con fiero poder.

LORD. Al cabo vencimos.

CHAT. Perdida allí está.

ART. Iremos con ella
si se ha de salvar.

—

MARIA. (Al Embajador.)
Id á Londres sin tardanza
y á mi hermana responded,
que su ofensa imperdonable
castigar al fin sabré.
Cual Reina ultrajada
iré á combatir.
Escocia el insulto
tendrá que impedir.

TODOS. Cual Reina ultrajada
sabrá combatir.
Escocia el insulto
tendrá que impedir.

—

LORD. Cual Rey os aclamo.
DARN. ¡Vencer ó morir!
ART. Tras ella nosotros debemos partir.
TODOS. Escocia el insulto tendrá que impedir.

(Vanse la Reina, el Embajador y todos los Cortesanos.)—FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

LOS TESOROS DE GASCUÑA

Una hostería en Caláis. Puerta al fondo, mesas y bancos.

ESCENA PRIMERA

AMBROSIO y JACINTA, arreglando los bancos y las mesas que sacan ellos mismos.

AMB. Arregla esos bancos. Coloca bien las mesas. Hoy debemos tener gran venta, pues con la partida de la Reina pasará por aquí mucha gente.
JACINTA. ¡Pobrecita! Dicen que ella no quería ir á Escocia, pero que la obligan á causa de la guerra.
AMB. Pues como vendamos nuestro vino, el viaje no puede ser más provechoso.

ESCENA II

DICHOS; GALOPÍN, con una maleta; y ARTABÁN

Galopín debe conducirla sin esfuerzo y dando á entender que está vacía.

GALOPIN. ¡Hostelero! Preparad la mejor habitación de vuestra casa.

ART. Y unas cuantas botellas del vino más caro.

AMB. En seguida. Vamos, Jacinta. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA III

ARTABÁN y GALOPÍN

ART. (Reparando en Galopín, que mueve la maleta, jugando con ella.) ¿Qué haces? ¿Olvidas que esa maleta contiene mucho oro?

GALOPIN. ¿Oro? ¡Si está vacía!

ART. No importa. Por lo mismo debes figurar que pesa más.

GALOPIN. ¿Así? (Figurando que pesa mucho.)

ART. Déjala sobre aquella silla, y no te alejes. Figúrate que guardas una fortuna.

GALOPIN. Y, á propósito de fortuna. Debo advertiros que la mía se va acabando. Con los préstamos que os hago dió un bajón enorme.

ART. ¿Y eso, qué quiere decir?

GALOPIN. Quiero decir, que como tardéis mucho en recibir aquellos fondos, nos vamos á quedar sin blanca.

ART. ¿Te arrepientes de servirme? ¿Desconfías, acaso, de mí? En tal caso, puedes marcharte.

GALOPIN. ¡No, señor; no! (Cualquier día me marcho, con lo que ya me debe.)

ART. Entonces, paga y ten paciencia. Para eso cobras réditos.

GALOPIN. (Dice bien. Para eso los cobro. Es decir, no los cobro. ¡Pero pienso cobrarlos!)

ESCENA IV

DICHOS; CHATELARD, por el foro.

CHAT. ¡Aquí estoy ya!

ART. ¿Qué hay?

CHAT. Nuestros amigos aguardan en el puerto.

ART. ¿Son muchos?

CHAT. Nueve Caballeros franceses, decididos como nosotros á luchar por la vida de la Reina.

ART. Pues con nueve, y vos que valéis por diez, y yo que valgo por cincuenta, María Stuardo puede dormir tranquila.

CHAT. Pero todo inútil. Nuestro viaje es imposible.

ART. ¿Eh?

CHAT. El infierno se conjura contra nosotros. Acaba de llegar á Caláis una orden de la Reina madre, prohibiendo el embarque de cuantos gentiles hombres franceses traten de acompañar á María.

ART. Estoy viendo á Maxwuell tras esa orden.

GALOPIN. ¡Y yo también lo veo!

CHAT. La Reina será víctima de los ingleses, y nosotros permaneceremos en Francia como unos cobardes.

ART. ¡Imposible!

CHAT. Repito que no podemos embarcarnos.

ART. En los barcos de la Reina convengo, pero en otros...

CHAT. ¿En otros? ¿Y quién tiene esos barcos?

ART. ¡Yo!

GALOPIN. ¡Atiza!

CHAT. ¿Vos?

ART. ¡Yo mismo! Dentro de poco tendréis un buque dispuesto para ir á Escocia. Marchad al puerto; prevenid á vuestros amigos, y volved aquí dentro de media hora.

CHAT. Os debo más que la vida. ¡Os debo el honor! (Vase por el foro.)

ART. (Algo más debo yo, y me aguanto.)

ESCENA V

ARTABÁN y GALOPÍN

ART. Acércate.

GALOPIN. (Acercándose.) ¿Qué mandáis?

ART. ¡Es preciso encontrar un buque!
GALOPIN. ¡Pues ahí es nada!
ART. ¿Lo entiendes? ¡Un buque!
GALOPIN. (¿Si querrá también que lo compre?)
ART. ¿Dónde habrá un buque por ahí?
GALOPIN. Como quien dice: ¿dónde habrá un par de botas?

ESCENA VI

DICHOS; CARNOF, CAYETANO y CORO DE MARINEROS franceses.

CAYET. ¡Eh, patrón! ¡Venga vino!
CARNOF. ¡Para mí, venga aguardiente!
AMB. (Que salió.) Al momento, Capitán.
ART. (¡Capitán!) Díme, (A Ambrosio.) ¿quién es ese Capitán?
AMB. ¡Carnof! El dueño de aquella goleta que veis desde aquí. (Llevándole á la puerta del foro.)
ART. ¿Aquella blanca?
AMB. Sí, señor. (Vase, y sale en seguida con jarro y vasos.)
ART. Bueno, bueno. (A Galopín.) Mira tú por dónde hemos hallado nuestro buque.
GALOPIN. Cabal. (Todo se lo encuentra hecho.)
CARNOF. (Brindando.) Al buen viaje de la Reina María. ¡Que Dios la proteja, y que el diablo se la lleve! (Todos ríen y beben.)
ART. (A Cayetano.) ¿Cuándo os dais á la vela, amigo?
CAYET. Esta tarde misma.
CARNOF. (¿Qué le importará á él?)
CAYET. En cuanto la flota escocesa desembarace el puerto.
ART. ¿Y hacia dónde navegáis?
CAYET. Hacia el Sudeste.
CARNOF. (Qué preguntón es el caballero.)
ART. (Haciendo como que habla con Galopín, y con mucha intención.) ¡Pobre gente! ¡Qué vida de fatigas, de privaciones, de miseria! ¡Y pensar que con una palabra podría hacerles más ricos que los más ricos del Universo!
CARNOF. (¿Eh? ¿Qué diablos dice?)

ART. ¡Ya veo, señor Galopín, ya veo las señas que me estáis haciendo!

GALOPIN. ¿Yo? (¡Si estoy de espaldas!)

ART. ¡Sí, sí! Vuestra avaricia insaciable se desespera ante la idea de ceder una parte de las ganancias á los que os ayudasen á descubrir tantas riquezas. (Cayetano y los Marineros se acercan poco á poco á Artabán. Carnof continúa sentado fumando su pipa.)

GALOPIN. ¿Mi avaricia? (No entiendo nada.)

CAYET. ¿De qué riquezas habláis?

ART. Mi amigo tiene razón. No debo decir nada.

CAYET. Hablad, ¡cien tormentas! Si se trata de algún buen negocio, aquí estamos nosotros.

ART. ¿Queréis que hable?

TODOS. Sí.

ART. (A Galopín.) ¡Bueno! Pues no me lancéis tan terribles miradas.

GALOPIN. (¡Y dale!) Pero si yo...

CAYET. (Echando mano al cuchillo.) ¡Como se oponga, le suprimo!

GALOPIN. ¡No! ¡No me opongo! (Pues vaya unos párrafos que acostumbra á suprimir ese bárbaro.)

MÚSICA

ART. La historia es increíble;
pero la afirmo yo.
Prestadme todos
mucha atención.

CORO. Ya os escuchamos.

GALOPIN. (Qué irá á decir.)

ART. (Ilumíneme el cielo
de mi país.)

—

Por los mares del Norte viajaba
há tres años cual lobo de mar,
cuando el buque horrorosa tormenta
tuvo pronto infeliz que aguantar.

El viento en las jarcias
crugiendo veloz,
montañas de espuma
allí levantó.

CORO. Seguid, con mil diablos.
¿Qué cosa ocurrió?

ART. Contra una isla escarpada y desierta
nos vinimos después á estrellar,
y una gruta nos dió nuevo asilo,
y á su fondo pudimos bajar.
Allí un gran tesoro
mis ojos cegó;
tesoro escondido
que nadie buscó.
Hoy parto afanoso
la gruta á encontrar,
y embarcando sus muchas riquezas,
saldré poderoso del fondo del mar.

TODOS. Eso es un sueño.
¿Será verdad?
¿Dónde la gruta,
dónde estará?
Si no es producto
de su ilusión,
crucemos las olas—con rápido vuelo,
y venga el tesoro—sin más dilación.

HABLADO

CAYET. ¿Y dónde se halla esa gruta?

ART. Sobre las costas de Escocia. Las rocas y los pilares llenos de plata; piedras de jaspe y zafir; montones de rubíes y esmeraldas.

GALOPIN. (Echa, echa.)

ART. (Reparando en Carnof, que sigue fumando indiferente.) (Aquel maldito no pica en el cebo.)

MAR. 1.° ¿Y había turquesas?

MAR. 2.° ¿Y perlas?

MAR. 3.° ¿Y diamantes?

ART. Turquesas, perlas y dos diamantes como mi puño.
(Carnof se levanta y se acerca muy despacio.)

CARNOF. ¡Conozco vuestra isla!

ART. ¿Vos?

CARNOF. A un cuarto de milla del puerto de Leith... un poco al Sur.

ART. ¡Justo!

CARNOF. Pues bien; allí no queda ya nada de eso.

ART. ¿Cómo que no?

CARNOF. Por una razón bien simple: porque yo pasé por allí el año último y arramblé con todo.

ART. ¿Palabra de honor?

CARNOF. ¡Vaya! Como que no pudiendo mi barco resistir tan pesada carga, hubo necesidad de echarlo á pique. ¿Qué desgracia, eh?

ART. Díme: ¿de dónde eres?

CARNOF. Yo soy gascón, como vos.

ART. (¡Me lo figuré!)

CARNOF. Y cuenta con seguir ofreciendo tales regalos, porque soy capaz de cerraros la boca con este puño que estáis viendo, y que es otro diamante.

ART. ¿Dices que eres gascón? Entonces, odiarás á los ingleses.

CARNOF. ¡Claro está!

ART. Pues esa pobre Reina, á quien hace un rato mandabas á todos los diablos, va á caer prisionera de nuestros enemigos.

CARNOF. ¿María Stuardo?

ART. Sí: María Stuardo, que parte á Escocia rodeada de amenazas y de peligros. Yo, y varios nobles franceses, queremos seguirla y protegerla, pero necesitamos para ello un buque.

CARNOF. ¡Comprendo! Y queríais pescar el mío inventando aquel cuento.

ART. Pero ahora os digo la verdad, y os ofrezco una fortuna si te decides á conducirnos á Escocia. ¿Veis aquella maleta? Está llena de oro.

CARNOF. Como la gruta de marras. Lo adivino.

ART. (¡Perro viejo!)

GALOPIN. (¡A éste no se la das!)

ART. Creí que en Gascuña existían corazones valientes y generosos, pero me he equivocado. Perezca María Stuardo, ya que los Marineros franceses no quieren sacrificarse por la patria.

CARNOF. ¡Mil bombardas! ¡Eso es decir que no tenemos sangre!

ART. La que no se subleva ante una causa santa, no puede correr por las venas de un hijo de Gascuña.

CARNOF. ¡Basta! (Dándole la mano) ¡Yo soy vuestro hombre!

ART. ¡Bien, Capitán!

GALOPIN. (¡Ya lo convenció!)

ART. No perderéis el viaje. Yo os lo juro.

CARNOF. Dadme lo que podáis para mi gente, y andando.

ART. (A Galopín.) Ya lo oyes. Eso á nuestra cuenta.

GALOPIN. (¡Lo estaba viendo venir!)

CARNOF. El Capitán Carnof quiere probar que tiene sangre francesa.

ESCENA VII

DICHOS y CHATELARD

CHAT. ¡Y bien, amigo! La Reina llega al puerto. Caláis se prepara á despedirla.

ART. ¿Veis allá abajo aquella goleta aparejada? ¡Es nuestra! Os presento á su Capitán, el bravo Carnof, que va á conducirnos á Escocia.

CHAT. ¿Es posible?

GALOPIN. ¡Toma! ¡Toma!

ART. ¡Al puerto, Capitán, y viva Gascuña!

TODOS. ¡Viva!

GALOPIN. (Creo que la Gascuña me deja sin camisa.) (Vanse.)

CUADRO CUARTO

ADIOS A LA FRANCIA

El puerto de Caláis. Casas á derecha é izquierda, engalanadas con banderas de Francia y Escocia. Al fondo el embarcadero, viéndose parte del barco real con las coronas de Francia y Escocia. En perspectiva el mar lleno de barcos. El bote real en primer término, con sus bateleros.

ESCENA PRIMERA

MARINEROS, SOLDADOS y GENTE DEL PUEBLO

También debe verse sobre los palos de los buques y en todas las ventanas y balcones. Aparecen por la derecha, el cortejo real, compuesto de Soldados, Pajes, Servidores, Gentiles hombres, etc. Luego María Stuardo, Estrella, y las Damas. Cerca de la Reina, Maxwell, Darnley, y Caballeros escoceses. Detrás de todos, y cerrando la marcha, Artabán, Chatelard, Caballeros franceses, Carnof y Marineros.

MÚSICA

(Una marcha que durará lo que tarde la comitiva en colocarse convenientemente.)

CORO. (Durante la marcha.)

La brisa suave,
tranquilo el mar

y el sol sus dulces rayos
despide sin cesar.
Todo á la Reina sonríe
cuando la Reina se va.
Dios la acompañe
y halle al llegar
á las costas heladas de Escocia
la dicha bendita
que corre á buscar.

(María y su séquito se han embarcado en el bote.)

MARIA. (De pie sobre el barco.)

¡Adiós, Francia querida;
de tí el deber me aparta,
mas llevo tu recuerdo
clavado en el alma!

CORO. ¡Adiós, Reina querida;
adiós y sé dichosa.
La Francia no te olvida
y triste te llora.

LORD. ¡Boga, remero,
corre veloz!

MARIA. ¡Adiós, cielo adorado!

TODOS. ¡Adiós! ¡Adiós!

(El barco real se dirige hacia el buque. Todos agitan los pañuelos despidiendo á la Reina.)

ART. (A sus amigos.)

¡Pronto! ¡A la vela!
¡Vamos detrás!

CHATELARD, FRANCESES, CAYETANO, CARNOF y MARINEROS.

Si Escocia te persigue,
Francia te salvará.

(Cañonazos, campanas. Todos, agitando los pañuelos, gritan: ¡viva la Reina! Final animadísimo, que un buen director de escena debe poner con los ojitos cerrados, porque, en fin, la cosa es fácil.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

¡VIVA CALVINO!

Una encrucijada á las puertas de Edimburgo. En lo alto de la calle, y dando frente al público, se divisa el palacio de Holyrood. Puente al foro practicable. Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA

GENTE DEL PUEBLO y CORO GENERAL DE ESCOCESES

MÚSICA

(Diversas parejas bailan en varios corros.)

TODOS. ¡A bailar! ¡A bailar!
Y esperemos bailando á la Reina,
que dentro de poco aquí llegará.

—

Cual buenos escoceses
debemos celebrar—la llegada de María
á la histórica ciudad.

Baila que baila,
da que le da.
No te pares, niña mía,
sigue, sigue sin cesar.
Afirman que la Reina
entrar no quiere aquí,
porque adora sólo á Francia,
y á su mágico París.
Baila que baila,
da que le da;
ya veremos cómo Escocia
á su Reina acogerá.

—

Afirman que es bonita,
después lo veré yo;
por católica y francesa
no me gusta, no señor.
Baila que baila,
da que le da.
No te pares, niña mía
que la Reina va á llegar.

—

(Oyese gritar dentro.)

¡Viva la Reforma!

TODOS. ¡Silencio! ¡Escuchad!... (Todos cesan de bailar.)
Los jefes aquí llegan
de la ciudad.

ESCENA II

DICHOS; LUNDSEY, MOSTON y CORO DE NOBLES CALVINISTAS

CALV. ¡Abajo la católica!
gritemos con afán,
que hoy viene nuestro pueblo
hipócrita á burlar.

CORO. ¡Abajo la francesa!
¡Abajo, sin tardar!

—

CALV. El pueblo de Calvino
no debe consentir,
que burle sus creencias
una extranjera vil.
En cuanto aquí su planta
la Reina ose poner,
que abjure sus doctrinas
y acepte nuestra fe.

TODOS. Eso, sin duda,
tiene que hacer,
ó pagará en el acto
su indigno proceder.

—

CALV. ¿Estáis dispuestos
á combatir?

CORO. ¡Todos dispuestos
se hallan aquí!

CALV. ¡Hoy la reforma
debe aceptar,
ó no entra viva
por la ciudad!

CORO. Hoy jurar debe
mi religión,
ó en su persona
me vengo yo.

—

TODOS. En cuanto aquí su planta
la Reina ose poner,
que abjure sus doctrinas
y acepte nuestra fé.

MOSTON y LUND. Juremos, amigos,
con fiero valor
defender nuestra patria querida
y darle la vida

salvando el honor.

TODOS. (Extendiendo el brazo sobre la Biblia)

Con fe sacrosanta
juremos por Dios
defender nuestra patria querida
y darle la vida
salvando el honor.

HABLADO

MOSTON. La flota real acaba de entrar en el puerto de Leith. La hija de Jacobo V está en Escocia.

LUND. ¿Habéis cumplido las órdenes de lord Maxwuel?

MOSTON. Los miembros de la congregación hemos predicado á las masas. Ya veis que el pueblo es nuestro y gritará lo que queramos que grite. Oidme todos. (Todos le rodean.) El instante ha llegado de manifestar vuestra voluntad suprema y de probar que vosotros sois aquí los señores.

LUND. María Stuardo, la católica, acaba de poner el pie sobre el suelo de Escocia. La religión reformada, por la cual habéis ahora mismo jurado vivir y morir, será escarnecida tal vez para siempre. ¿Estáis decididos á exigir á la Reina que para conservar su corona sacrifique sus creencias religiosas?

UNA VOZ. ¡Viva la reforma!

TODOS. ¡Viva!

UN HOMB. ¡Viva Calvino!

UNA MUJ. Pero, díme: ¿por qué gritas tú eso?

HOMBRE. ¡Toma, para hacer como los otros! (Oyense tambores á lo lejos.)

LUND. ¿Escucháis? Es la Reina María que entra en su reino.

HOMBRE. ¡Abajo la Reina!

MUJER. ¡Cállate!

HOMBRE. ¿Por qué?

MUJER. ¿Pero á tí qué te importa que suba ni que baje?

HOMBRE. Nada; pero así me divierto.
MUJER. Ya verás cómo termina la fiesta. (Gritos dentro de viva la Reina.)
LUND. ¡Aquí está ya: opongámonos á su paso!
TODOS. ¡Sí, sí! (Se apiña la multitud. El Hombre es derribado en tierra.)
HOMBRE. ¡Eh, que me pisan! ¡Favor!
MUJER. (Levantándole.) ¿No querías divertirte? ¡Toma Calvino!

MÚSICA

TODOS. Ya viene, ya se acerca:
prudencia y decisión;
que jure ó que se vaya;
luchemos con valor.

ESCENA III

DICHOS; el cortejo de la Reina, compuesto de varios SOLDADOS, GENTILES HOMBRES y PAJES. Después MARÍA y ESTRELLA, en literas. Al lado varios CABALLEROS y GUARDIAS. Delante de todos varios HOMBRES, con hachones encendidos, pues ya se hizo de noche por completo.

LUND. y MOSTON. ¡Ténganse un instante!
TODOS. ¡Atrás, atrás!
LUND. y MOSTON. Aquí mismo á la Reina
queremos hablar.
TODOS. ¡Que salga la Reina,
su pueblo la llama!
MARIA. (Bajando de la litera.)
¿Qué ocurre?
EST. (Idem.) ¡Dios mío!
TODOS. ¡Que abjure ó se vaya!
MARIA. ¡Aquí á vuestra Reina
tenéis, sin temblar!
¿Por qué su camino
venís á turbar?
LUND. y MOSTON. La santa causa

que defendemos,
un juramento quiere exigir.

TODOS. Por conseguirlo, todos sabremos
luchar airados hasta morir.

MARIA. Hablad, señores,
¿qué he de jurar?

EST. ¿Quién á su Reina
quiere obligar?

LUND. y MOSTON. Sobre esta nueva Biblia, (Sacándola.)
que Escocia entera aclama,
abjure la católica
su religión amada.

TODOS. Abjure y reconozca
su pernicioso error.

MARIA. ¡Jamás! Mi vida es vuestra;
pero mis creencias, no.
Antes mil veces quiero morir,
que entregaros el alma cobarde:
su fe, siempre pura,
proclama hoy aquí.

TODOS. ¡Abajo la Reina! ¡Que muera!

EST. ¡Gran Dios!

MARIA. Católica muero
con fiero valor.

EST. ¿Quién á la Reina
quién salvará?

LUND. y MOSTON. ¡Tiembla, María!

MARIA. ¡Viles!

ART. y CHAT. ¡Atrás!

(Oyense dentro varios disparos de pistola.)

ESCENA IV

DICHOS; ARTABÁN, CHATELARD, GALOPÍN y CABALEROS FRANCESES, salen por la derecha, y rodean á la Reina.

ARTABAN, CHATELARD y CABALLEROS.
¡Viva María Stuardo!

ART. (Figurando hablar con un jefe, que no se ve.)

¡De prisa, capitán!
Cien hombres por la izquierda,
allí doscientos más,
y mil á retaguardia:
la Reina hay que salvar.

EST. (A Artabán.) ¿Sois muchos?

ART. Somos doce.
(Alto.) La plaza despejad.

CORO DE ESCOCESES.
¡Traición! ¡Nos han vendido!
¡Preciso es escapar!

(Disuélvese la muchedumbre, y vanse Lundsey y Moston.)

ART. y CHAT. ¡Plaza á la Reina, plaza!
Vencidos corren ya:
tranquila hasta palacio
siga Su Majestad

(Los franceses cruzan las espadas, formando una bóveda hasta palacio. María, Estrella y la comitiva pasan por debajo y atraviesan el puente. Cuadro.)

¡Vaya! Ahí tiene usted, señor Director de escena, ahí tiene usted un cuadrito donde puede lucirse. Porque hasta ahora, la cosa no puede ser más fácil, y cualquiera sale del paso con honra. Aquí ya es necesario pensar algo, y manejar bien esas masas que quieren lanzarse sobre la Reina, y que á duras penas contienen los jefes del motín. Aquí es fuerza colocar á la Reina y á su comitiva de un modo conveniente, como así mismo á los que alumbran la escena con los hachones, á los Guardias, Gentiles hombres, etcétera. Aquí hay que *sacar* muy bien á Artabán y su gente, y dispersar mejor aún á los pícaros revoltosos. Aquí, en fin, hay que arreglar el tableau final con talento y con tino para que resulte algo original. ¡Vaya! ¡A lucirse los *Soler, Fernández, Ortiz* y demás artistas de... conciencia! ¡Que se vea que hay clases.—FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SEXTO

EL CUENTO DE ARTABAN

Galería interior de palacio.

(TELÓN CORTO)

ESCENA PRIMERA

LORD MAXWUELL y DARNLEY, por la derecha.

(Continúa la música.)

DARN. La Reina entra en palacio.
Perdimos otra vez.
LORD. ¡Malhaya su fortuna!
DARN. ¡No hay medio de vencer!
LORD. ¡Oh, sí! Yo os aseguro
domar esa altivez,
pues tengo entre mis manos
su honor y su poder.
DARN. ¿Su honor? ¿Qué estáis diciendo?
LORD. Lo vais á comprender.

—

Para nadie es un misterio
que Chatelard,
á la Reina ciego adora
con loco afán.
Si este amor premia María,
fuerza será
que castigue Escocia entera
su liviandad.

DARN. ¡No! ¡No es cierto! Es imposible
vileza tal.
Ella nunca olvidar puede
su dignidad.
Mas si fuese, por ventura,
de eso capaz,
¡vive Dios! ¡venganza fiera
quiero tomar!

—

LORD. Yo os prometo la prueba mostraros
de su indigno y falaz proceder.

DARN. ¡Pues entonces, maldígala el pueblo,
y á mis manos que muera después!

LORD. ¡Y vos reinaréis!

DARN. ¡Y yo reinaré!

LORD. Prudencia y sigilo.

DARN. Callarme sabré.

—

Ardiendo está de celos
mi amante corazón,
y abrásase mi alma
en bárbaro dolor.
Yo en ese altivo trono
feliz quiero mandar,
y la infame que olvida su nombre,
¡maldita mil veces,
maldita será!

LORD. (Ardiendo está de celos
su amante corazón,

y abrásase su alma
en bárbaro dolor.
Yo en ese altivo trono
feliz quiero mandar,
humillando su necia arrogancia,
y haciéndole esclavo
de mi voluntad.)

HABLADO

LORD. Dejadme resolver ese asunto. Ante todo, es preciso castigar la audacia de esos defensores extranjeros; de ese gascón maldito, tan osado como ridículo, y ya he puesto para ello en práctica el medio más seguro. (Muy marcado.) ¡Esta misma noche satisfaré mi venganza!

DARN. ¿De qué modo?

LORD. Ya lo veréis. Venid conmigo ahora. Hay que disimular.

DARN. Como gustéis. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

ARTABÁN, CHATELARD, GALOPÍN y ESTRELLA, salen por la derecha.

EST. En este sitio podéis aguardar á la Reina. Su Majestad desea demostraros particularmente su profundo agradecimiento.

ART. Mil gracias, bellísima joven. Decid á la Reina que estos tres servidores sólo desean morir á sus plantas, para probarle su acendrado afecto. (Vase Estrella por la izquierda.)

ESCENA III

ARTABÁN, CHATELARD y GALOPÍN

ART. Daría cinco dedos por hallarme á cien mil leguas de esta tierra.

CHAT. ¿Por que?

ART. Porque en este maldito país nunca se ve claro. ¡Ah, Chatelard! ¡Cuántos han muerto por el amor de una Reina!

GALOPIN. Yo creo, señor, que antes de morir, debíamos dejar saldadas nuestras cuentas. (Sacando la cartera.) Y no lo digo por desconfianza. Pero el peligro vuelve á los hombres cautos. Y más vale un por si acaso, que un quién pensara.

ART. ¡Pero que no has de desterrar ese torpe vicio!

GALOPIN. No es vicio. Son cuatro mil libras que os llevo prestadas. Cuenta redonda.

ART. (Y tan redonda.) ¡Miseria de las miserias!

GALOPIN. Para vos, sí, señor. (A Chatelard.) ¿Qué le han de importar cuatro mil libras á quien tiene como él veletas de plata en sus castillos, y treinta y cuatro cocineros?

CHAT. ¿Eh? ¿Qué dices?

GALOPIN. ¿No lo sabéis?

CHAT. (A Artabán.) ¿Veletas de plata?

ART. Un capricho. ¡No sabía en qué invertirla!

CHAT. ¡Já, já, já! ¡Comprendo!

GALOPIN. (Rascándose la cabeza.) ¡Me parece que también voy yo comprendiendo algo!...

ART. ¡Silencio!... Alguien se acerca.

ESCENA IV

DICHOS; MARÍA, por la izquierda.

MARIA. ¡Saludo á mis bravos franceses!

ART. ¡Señora!...

MARIA. Dicen que las Reinas olvidamos pronto, y yo vengo á probaros que no sé olvidar. Gracias, amigos míos. Gracias por vuestra nobleza y vuestro valor. Al veros aquí reunidos, puedo creer todavía que me hallo en mi bello Louvre, donde el Embajador de Navarra se presentaba á la Reina María.

ART. Para presentaros á su vez al Conde de Chatelard, el más fiel de sus servidores.

MARIA. ¡Como en el Louvre!... ¡Pero, ¡ah! Me olvido que nos hallamos en un país donde se persigue á los católicos.

CHAT. ¡Y á las Reinas! ¿Por qué no podré sufrir yo sólo vuestras tristezas y correr vuestros peligros?

MARIA. ¡Imposible! Pero á lo menos seguiréis á mi lado, y me infundiréis nuevo valor. Desde ahora, permaneceréis en mi corte. Quiero premiar de algún modo el arrojo de esos nobles corazones, que protegieron mi vida á las puertas de Edimburgo.

ESCENA V

DICHOS; LORD MAXWUELL, por la izquierda.

LORD. Celebro en el alma vuestra decisión.

MARIA. (¡Maxwuell!)

LORD. ¡Nada más justo que recompensar la virtud de estos corazones!

MARIA. Ya veis que á pesar de los imprevistos obstáculos de Edimburgo, estoy aquí sana y salva.

LORD. Crea Vuestra Majestad que si hubiese podido prever...

MARIA. Lo sé, caballero. Sé que hubiérais perdido la vida por salvarme. ¡Lástima que durante el peligro os hayáis visto obligado á permanecer dentro de Palacio!

LORD. Debía dar mis órdenes para la fiesta que aquí se os preparaba.

MARIA. ¡Una fiesta!... ¡Más vale así! Me desquitaré de la otra que algunos fieles súbditos me ofrecieron en las calles de la ciudad.

LORD. ¡Señora!...

MARIA. ¡Basta! (A los otros.) Ya lo sabéis. Cuento con vosotros. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

ARTABÁN, CHATETARD, GALOPÍN y LORD MAXWUELL

LORD. Ahora que estamos solos, permitidme que os felicite por vuestra buena fortuna. A vos, señor Conde, os conozco mucho. (A Chatelard.) He tenido el honor de hallaros varias veces vagando por el Louvre como un verdadero poeta soñador; siempre pensativo y solitario.

CHAT. ¡Ah! ¿Reparásteis en ello?

LORD. Soy algo curioso. (A Artabán.) Pero... ¿y vos? ¡Ah! ¡Sí, ya recuerdo! Vos sois aquel Embajador de Navarra que tanto hizo reir en la corte, y cuya autenticidad fué tan discutida.

ART. En efecto; pero nunca se discutió tanto como se discute aquí el honor y la lealtad de cierto tunante, íntimo amigo vuestro.

GALOPIN. (¡Chúpate esa!)

LORD. ¿Qué queréis decir?

ART. Quiero decir, que antes que Embajador fuí gascón, y y que como tal, mi franqueza no reconoce límites.

LORD. Y además... ¡Sí, sí! Vos fuísteis también aquel pobre diablo que en la feria de San Germán se permitió galantear una dama...

ART. ¡El mismo! Y por cierto que, según ella dice, tanto admira á este pobre diablo, como aborrece y desprecia á un demonio mucho más superior que anda por Escocia.

LORD. Pues... cuidado no os mande al infierno en virtud de su poder.

ART. Me alegraré ir delante para prepararle la mejor caldera de la casa.

GALOPIN. ¡Já, já, ja! (Riendo muy fuerte.)

LORD. (¡Vive el cielo!) ¿De qué os reís?

GALOPIN. De la cara que estáis poniendo. ¡Já, já, já!

ART. Dispensadle, milord. Es mi escudero, y le hace mucha gracia cuanto yo digo.

LORD. ¡Nos veremos, señores míos! ¡Oh!... ¡Ya me pagarás esas burlas! (Vase por la derecha.)

ART. Os juro por mi alma que no he de perderos nunca de vista.

ESCENA VII

DICHOS, menos LORD MAXWUELL

CHAT. ¡Ese hombre conoce mi secreto!

ART. Y es muy capaz de aprovecharlo para cometer cualquier infamia.

CHAT. ¿Qué debemos hacer?

ART. ¿Os halláis decidido á permanecer en Escocia?

CHAT. ¡María es mi único bien, mi sola esperanza! ¡Nadie puede obligarme á abandonarla! (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII

ARTABÁN, GALOPÍN y UN PAJE

PAJE. (Saliendo con una carta por la izquierda.) Para el caballero Artabán. (Le da la carta, y se marcha por la izquierda.)

ART. ¿Qué es esto? Un billete perfumado.

GALOPIN. ¡Buen principio!

ART. Veamos. (Lee.) «Caballero Artabán: esta noche, á las doce, os aguarda en el Parque, bajo el balcón del cuarto de la Reina, la persona que firma esta carta. No faltéis, pues se trata del honor y la vida de María Stuardo.—*Estrella*.

GALOPIN. ¡Cáspita!

ART. ¡Ya lo oyes: la vida de la Reina!

GALOPIN. Es preciso salvarla, señor; eso se paga bien.

ART. Ya lo sabes. Por ahora, permanecemos en Edimburgo. Prepara en seguida el alojamiento.

GALOPIN. Pero, ¿con qué dinero, señor?

ART. Búscalo, y se añade á la cuenta.

GALOPIN. ¿Que lo busque? Bueno. ¿Me permitís una pregunta, como quien dice á quemarropa?

ART. Sí tal.

GALOPIN. Pues allá va. ¿Sois rico, ó sois pobre? Con franqueza.

ART. ¿Me permites que, para contestarte, te cuente un cuento?

GALOPIN. Con mil amores.

ART. Pues allá va.

Un ganso, ¡noble animal!
que en ancho canal se hallaba,
á un pavo vil contemplaba
parado junto al canal.
El sol, dando en su plumaje,
de mil tintas lo teñía,
y así el pavo, parecía
un soberbio personaje.
Lleno el ganso de ambición,
dejó el agua transparente,
y fuése al pavo inocente
demandando protección.
«Contigo quiero vivir,
y tu brillo me has de dar,»
le dijo sin vacilar.
«Donde vayas, he de ir;
por esa espléndida toca
doy mi vestido de seda.»
Y el pavo, haciendo la rueda
al ganso, le dijo: «Choca.»
Mas luego la luz huyó
con sus vivos resplandores,
llevándose los colores
que en aquel traje pintó.
«¿Qué arcano es éste, Dios mío,
el ganso se preguntaba,
antes bello te admiraba,
y ahora estás negro y sombrío?
Tus galas me has de prestar,
pues sólo por ellas vengo.»

«Si yo, ganso, no las tengo,
¿cómo te las voy á dar?»
No sé si habrás entendido
lo que este cuento denota;
pero añádelo á la nota,
y aumenta lo consabido.

GALOPIN. A medias lo adivinó
mi ingenio en un dos por tres;
el pavo no sé quién es,
el ganso lo he sido yo.
¡Yo, que en el agua vivía,—
pues agua aquel vino era,—
y en mi ambiciosa quimera
pavos pintados veía!
¡Yo, que troqué mi vestido
por un traje de oropel,
y ahora me encuentro sin él
avergonzado y corrido!
Pero, decidme, señor,
ya que del caso se trata:
¿y las veletas de plata?

ART. ¡Nunca existieron!

GALOPIN. ¡Horror!
¿Y el ejército brillante
de aquellas ricas cocinas?

ART. ¡Sombras, fantasmas divinas
de un estómago cesante!

GALOPIN. ¿Y el robo aquel de Roustan
y del preciado dinero?

ART. ¿El robo y el escudero?
¡Ilusiones de mi afán!

GALOPIN. ¿Y el prometerme sin tasa?

ART. ¡Sueños de mi fantasía!

GALOPIN. ¿Y el préstamo que os hacía?

ART. ¡Se queda conmigo en casa!

GALOPIN. ¡Hombre, alabo la franqueza!

ART. No te asustes, Galopín,

pues rico he de hacerte al fin
como cumple á mi nobleza.
Y habrás de ver en montones,
á tus pies, sacos de oro,
y en tus cuevas un tesoro,
y en tu escudo cien blasones.

GALOPIN. ¿De veras?

ART. Yo te lo fío:
poderoso te he de hacer.

GALOPIN. ¡Cómo sabe enternecer,
y cómo miente, Dios mío!

ART. ¿Qué es la vida? un puro azar.
¿Qué es la suerte? un bien hallado.
¿Y qué es lo que me has prestado?

(Marchándose por la derecha.)

GALOPIN. ¡Lo que no vuelvo á encontrar!

(Vase detrás.)—FIN DEL CUADRO SEXTO.

CUADRO SÉPTIMO

BAJO LA NIEVE

El parque de Holy-Rood. En tercer término, á la derecha, y perdiéndose en diagonal entre la bruma, una parte del castillo con sus fosos. Balcón practicable del cuarto de la Reina, donde brilla una luz. A la izquierda, en primero y segundo término, varios árboles llenos de nieve. En el fondo, el parque completamente nevado.

ESCENA PRIMERA

CORO DE HOMBRES, dentro.

MÚSICA

La ronda hagamos—con ciega fe.
Nada se oye;—nadie se ve.
Escocia tranquila
ya puede dormir,
en tanto nosotros
velamos aquí.

(Aparece la Ronda, saliendo por la derecha, y atraviesa el teatro, marchándose por la izquierda.)

ESCENA II

CHATELARD y CABALLEROS FRANCESES

Salen por la derecha, y ven alejarse á la Ronda. Luego se colocan frente al balcón del castillo para cantar la serenata.

CHAT. Ya se alejan.
CABS. Ya se alejan.

CHAT. Ya la Ronda se marchó.
Ahora Francia entonar puede
á su Reina la canción.

(Los Caballeros se desembozan y sacan sus mandolinas, preludiando una serenata.)

CHAT. Reina de Francia querida
que en ese castillo estás,
y encerrada y perseguida
no te consuelas jamás;
oye el cariñoso acento
que á tu lóbrega prisión
te manda mi pensamiento
y exhala mi corazón.

TODOS. El cielo de Francia
tu cuna veló,
poniendo en tus ojos
su mágico sol.
¡Oh, Reina querida,
que sufres aquí,
entera mi vida
será para tí.

II

CHAT. El recuerdo venturoso
de otra vida y otro amor,
ahora turba tu reposo
y despierta tu dolor;
y entre el fiero torbellino
que agitando tu alma está,
Francia sola en tu camino
como estrella brillará.

TODOS. El cielo de Francia
tu cuna veló, etc.

(Vanse los Caballeros, ábrese el balcón del castillo y aparece María.)

ESCENA III

MARÍA y CHATELARD

HABLADO

MARIA. No me engañé. ¿Erais vos?

CHAT. ¡Sí! Yo, que sólo pienso en vuestra grandeza, y sólo aliento con vuestro corazón.

MARIA. Vuestra imprudencia puede perderme. Si alguien os oyese; si alguno os viese aquí... ¡Marcháos, Conde... marcháos!

CHAT. ¡Marcharme cuando empieza mi dicha!

MARIA. ¡Silencio! ¡Alguien se acerca! ¡Sí, sí! ¡Por aquel lado! Una Ronda tal vez.

CHAT. ¡Nada temáis! (Escala el parapeto del foso y desaparece.)

MARIA. Aguardad, y cuando veais luz en este cuarto, será señal que no existe peligro. (Se retira del balcón y cierra, desapareciendo la luz.)

MÚSICA

RONDA. (Dentro.) La ronda hagamos
con ciega fe, etc.

ESCENA IV

LA RONDA, atraviesa el teatro de izquierda á derecha.

ESCENA V

LORD MAXWUELL, LUNDSEY y MOSTON, saliendo por el foro izquierda.

HABLADO

LORD. Gracias, señores. Veo que sois exactos á la cita.

LUND. Estamos á vuestras órdenes, Milord.

LORD. No tendremos que aguardar mucho. En breve llegará la persona que deseo presentaros. ¡Mirad! Allí creo distinguirla. (Aparece Artabán por el foro.)

ESCENA VI

DICHOS y ARTABÁN

ART. (Acercándose poco á poco.) A las doce, bajo el balcón del cuarto de la Reina. Esto dice el billete. ¿Pero dónde está su cuarto?

LORD. (Que se ocultó á la izquierda, se adelanta.) ¡Allí, caballero! (Señalando el castillo.)

ART. ¿Eh? ¡Calle! ¿Qué significa esto?

LORD. Significa que vuestra presencia en este sitio prueba seguramente que acudís á la cita de alguna dama de honor de la Reina, y como estos nobles Lores y yo tenemos entre ellas amigas ó parientas que vuestra galante indiscreción podría comprometer, estamos dispuestos á impedirlo.

ART. ¡No hay duda! ¡El billete era un lazo!

LORD. ¡Por el cual vais á morir, señor fanfarrón!

ART. ¡Ya! ¿Habéis venido á asesinarme?

LORD. Pero vos os defenderéis. (Sacando la espada.)

ART. ¡Y tanto! No se mata un gascón como á un hombre cualquiera.

LORD. Eso lo veremos.

(Música en la orquesta. Artabán y Lord Maxwuell se baten; éste, frente al balcón, á la izquierda. En el mismo instante la luna inunda de luz el castillo, y se ve á Chatelard escalando la muralla y subiendo hacia el balcón.)

ART. Ya lo creo que lo veremos.

LORD. (Viendo á Chatelard, da un grito involuntario.) ¡Ah!

ART. ¿Qué es eso?

LORD. ¡Mirad! (A los otros Caballeros.)

ART. ¡Chatelard! ¡Detenéos! (Se dirige al balcón; pero en cuanto vuelve la espalda, Maxwuell saca la daga y lo hiere.)

LORD. ¡Silencio! (A los otros.) ¡Cogedle! ¡Que no grite! (Lundsey y Moston rodean á Artabán, que cae en los brazos de aquéllos.) ¡Tu imprudencia te ha dado muerte y ha destronado á la Reina! (Maxwuell sigue mirando á Chatelard, que sube poco á poco. Los Escoceses han cubierto el cuerpo de Artabán con una capa, y le han dejado contra el parapeto. Chatelard llega al balcón y se detiene un instante. Luego entra en la cámara.) ¡Pronto! A casa de Lord Darnley. Es preciso que lo sorprenda con su amante, y que esta misma noche María Stuardo deje de reinar en Escocia. (Vanse por el primer término de la derecha.)

ESCENA VII

ARTABÁN y GALOPÍN

A poco de marcharse los Escoceses, sale Galopín por el foro izquierda con una linterna, y figura buscar á su amo por diferentes lados. De pronto, halla en el suelo el puñal con que Artabán fué herido, y luego repara en el cuerpo de éste. Precipítase sobre Artabán, á quien incorpora en sus brazos. Entonces cae el telón. La música en la orquesta no ha cesado desde el desafío. Recomiendo la mayor calma en este Cuadro. No hay que precipitarse nunca ni echarlo á barato. El desafío es largo. Maxwuell tarda bastante en ver á Chatelard. Le ve cuando casi ha llegado al balcón. ¡Calma, calma y calma! El que en este Cuadro corra, mete la patita.

CUADRO OCTAVO

LA CÁMARA DE LA REINA

Gabinete oratorio de estilo severo. Una sola puerta á la derecha. A la izquierda, y en primer término, otra secreta que se abre á su tiempo. Cubriendo esta puerta, y bajo un dosel, hay un Cristo de marfil de regular tamaño.

ESCENA PRIMERA

MARÍA STUARDO, sale por la derecha y va hacia el Cristo para cantar la plegaria.

(Continúa la música.)

MARIA. Ya los ecos de la ronda
perdiéndose van,
y el silencio de la noche
vuelve á imperar.
Agitada el alma mía
por su dolor,
ante Dios busca consuelo
y acude á Dios.

—

Postrada á tus plantas,
no cesa mi llanto,
alivia mi pena,
¡Dios puro, Dios santo!
Tu gracia yo invoco,
yo invoco tu amor;
protégeme, ¡oh, santo,
divino Señor!

ESCENA II

DICHA y ESTRELLA; luego CHATELARD

HABLADO

EST. (Por la derecha.) ¡Señora, el Conde de Chatelard ha escalado el balcón de esa cámara!

MARIA. ¡Gran Dios!

CHAT. (Saliendo.) ¡Nada temáis! ¡Ninguno me vió entrar!

MARIA. ¿Qué habéis hecho?

CHAT. ¡Os juro que no hay peligro!

EST. ¡Tranquilizáos!

MARIA. ¡No, no! ¡Salid sin perder un instante!

CHAT. No lo haré sin deciros antes cuánto os adora mi corazón.

MARIA. Pues si tanto me adora, no querrá verme mancillada á costa de ese amor. ¡Vuestro sueño, Chatelard, es una locura! La mujer, podría tal vez amaros... ¡Os ama! ¡Sí, sí! ¿Para qué ocultarlo? ¿Estaría, de otro modo, aquí en este momento? Pero la Reina no se pertenece. La Reina es de su pueblo, de su patria, y por ella vive, y por ella debe morir. Obstáculo invencible se interpone entre nosotros. ¡Es preciso partir... partir muy lejos y olvidar!

CHAT. ¿Yo olvidaros, María?

MARIA. No olvidarme, pero partid á Francia. Aquí marcharíamos á nuestra ruína. ¡Ni la Reina puede amaros, ni la mujer manchará su frente inmaculada! ¡Dejadme vuestro recuerdo!... ¡Dejádmele puro dentro del alma, y no os empeñéis en hacerme más desgraciada todavía!

CHAT. Pues bien. ¿Qué deseáis? ¿El sacrificio de mi esperanza, de mis ilusiones, de lo único que me obliga á vivir, de todo lo que constituye mi pasado, de todo aquello, en fin, que me sostiene y me consuela?.... ¡Estoy pronto á cumplirlo! ¡Mi amor es tan grande, que hasta acepta su sacrificio si con él puede evitaros una lágrima ó un suspiro!

MARIA. ¡Así es como yo os quiero!

CHAT. ¡Partiré! ¡Me alejaré de vos para siempre, y sólo pediré á Dios que seáis tan dichosa como merecéis serlo!

MARIA. ¡Dichosa!... ¿Quién puede descifrar el destino de una Reina? ¿Quién puede adivinar mi porvenir? Un presentimiento indefinible que me persigue desde la niñez con insistencia extraña, me dice que será funesto.

CHAT. ¡Imposible!

MARIA. ¡Callad!... ¿Habéis oído?

CHAT. Un vago rumor. El viento tal vez.

EST. (Que entró por la derecha momentos antes, sale corriendo.) ¡Señora! ¡Han cerrado las puertas que conducen á esa cámara!

MARIA. ¿Qué dices?

EST. Y se acerca mucha gente por ese lado.

CHAT. ¡Es preciso salvar vuestro honor y vuestra corona! Suponed que me introduje aquí furtivamente. Llamad á todo el mundo.

MARIA. ¿Y morirías á mis pies, no es cierto? ¡Ah, el balcón!

EST. Sí, sí. (Vuelve á entrar por la derecha.)

MARIA. ¡Pronto! ¡Corred!

CHAT. ¡Adiós, y que el cielo os proteja!

EST. (Saliendo.) ¡No os acerquéis! ¡Bajo el balcón hay guardias que acechan vuestra salida! (Cierra la puerta echando el cerrojo.)

MARIA. ¿Qué hacer entonces?

EST. No existe medio humano de abandonar estas dos habitaciones.

CHAT. ¡Y soy yo quien causa vuestra ruína!

MARIA. ¡Ahora recuerdo! ¡Dicen que mi madre me salvó una noche llevándome en sus brazos y saliendo de este oratorio por una puerta secreta!

EST. ¡Oh, Dios santo! ¡Salvadnos!

LORD. (Dentro, por la derecha.) ¡En nombre de la Escocia, abrid!

ART. (Dentro por la izquierda). ¡Chatelard! ¡Chatelard! (Toca en la puerta secreta).

CHAT. ¡La voz de Artabán!

ART. ¡Por aquí! ¡Abrid pronto!

MARIA. ¡Abrir! ¿Cómo? ¿De qué manera?

ART. ¡Abrid! (Los tres buscan el resorte para abrir la puerta secreta).

MARIA. ¡Dios mío! ¡Van á entrar! ¡Yo os juro no pediros nunca nada ni para mí ni para nadie, pero que él viva, que él viva! ¡Señor! ¡Yo beso vuestros pies sagrados). (Al besarles, la puerta secreta se abre bruscamente y aparece Artabán envuelto en la capa y lleno de nieve.)

ESCENA III

DICHOS; ARTABÁN y GALOPÍN

MARIA. (Viendo ceder la puerta). ¡Oh! (Retrocede).

CHAT. ¡Artabán!

ART. ¡Huid! Ellos vienen. ¡En nombre del cielo!... Una escalera, una brecha en el parapeto... ¡Mi sangre te guiará!

CHAT. ¡Adiós María! ¡Adiós! (Artabán lo empuja y cierra la puerta; redoblan los golpes á la derecha).

ART. ¡Ya era tiempo! Abrid, señora, y que entren mis asesinos.

MARIA. ¿Vuestros asesinos?

ART. Abrid y nada temáis. (Estrella abre la puerta derecha; Artabán queda en el foro envuelto en la capa; Galopín á su lado).

ESCENA IV

DICHOS; LORD MAXWUELL, DARNLEY, ESCOCESES y GUARDIAS

MARIA. ¿Quién osa ultrajar así á la Majestad Real?

LORD. Señora, un hombre ha entrado en vuestra cámara y nosotros queremos ese hombre.

MARIA. ¿Osaríais atentar contra su vida?

LORD. ¡No! El verdugo es quien debe encargarse del Conde de Chatelard; del amante de la Reina. (Viendo á Artabán). ¡Ahí lo tenéis! ¡Prendedle!

ART. (Descubriéndose). ¡Poco á poco!

TODOS. ¡El gascón!

ART. ¡En efecto! Un hombre ha penetrado hasta aquí, y ese hombre soy yo. Yo que he venido á pedir justicia á su soberana, acusándote de asesino.

LORD. ¡Mientes! ¿Dónde están las pruebas de esa acusación?

ART. En esta carta, fiel testimonio de tus intenciones, y en tu puñal ensangrentado.

MARIA. ¿Qué decís?

ART. Digo que este hombre quiso asesinarme en el parque hace una hora.

GALOPIN. Pero no contó con que los gascones tienen la espalda muy dura. (Mostrando el puñal). ¡Míralo! ¿Lo reconoces? ¡Mira el puñalito!

DARN. ¡Y calumniabais á la Reina! Creed, prima mía que yo no vine aquí para juzgaros, sino para defenderos.

LORD. ¡Milord!

MARIA. ¡Ni una palabra! ¡Rendid vuestra espada!

DARN. Yo soy un Stuardo como vos y este nombre me impone el deber de defender vuestro honor ultrajado. La justicia será cumplida.

MARIA. Así lo espero.

DARN. ¡Llevadle! (A los Guardias.)

LORD. Tú obtendrás el premio de tu traición. (Señalando á María). ¡Ella me vengará! (Vase seguido de los Guardias.)

ESCENA V

DICHOS menos LORD MAXWUELL y ESCOCESES

MARIA. Lo que acaba de suceder, señores, es un motivo más para decidir lo que pensaba. Mi trono exige un auxiliar poderoso que sepa sostenerle y pueda confundir á sus enemigos. ¡Mi sacrificio es grande! pero aún es más grande mi deber. (A Darnley.) ¡Acepto vuestra oferta! Mañana anunciaréis nuestro matrimonio.

DARN. ¡Gracias señora! Desde este instante, mi vida os pertenece.

EST. (A María.) ¿Qué habéis hecho?

MARIA. ¡He destrozado mi corazón, y he sido Reina! (A Artabán.) En cuanto á vos, ¿qué queréis? Hablad. ¿Qué puedo hacer?

ART. ¡Pchst! Cualquier cosa. Hacedme príncipe, y que lo sepan en Gascuña.

MARIA. Tus deseos serán cumplidos, príncipe de Puigcerdá.

EST. ¿Supongo que no moriréis de vuestra herida?

ART. ¿Morir? Un gascón no muere nunca, señora.

GALOPIN. Sobre todo, cuando es príncipe.

DARN. Permitid que ratifique ante los nobles escoceses, que aguardan en la cámara, vuestra promesa solemne.

MARIA. Yo misma lo haré: seguidme todos.

DARN. (¡Hoy empieza mi reinado!)

MARIA. (¡Hoy termina mi dicha!) (Darnley da la mano á la Reina, y vanse todos por la derecha.)

GALOPIN. Bueno; pero, y yo, ¿cuándo cobro? (Vase.) — FIN DEL CUADRO OCTAVO.

CUADRO ÚLTIMO

EL CASAMIENTO

Gran plaza de Edimburgo. En balcones y ventanas ondean las banderas de Escocia. A la izquierda gran tribuna real.

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL DE ALDEANAS y ALDEANOS

MÚSICA

CORO. Ya el cortejo viene aquí—y á casarse en breve van;
otro igual yo nunca ví—ni más rico ni galán.
Lleno el pecho de placer—llena el alma de ilusión,
los esposos han de ver—satisfecha su ambición.

ESCENA II

DICHOS; SOLDADOS, PAJES, CABALLEROS, DAMAS, y TODO EL CORTEJO REAL; luego María en traje de boda, dando la mano á Darnley; detrás Estrella y las DAMAS DE HONOR; por último, Artabán y Galopín lujosamente vestidos. Este último se pavonea orgulloso, demostrando la satisfacción que le domina. Oyese repique de campanas. Gran desfile. Gritos de viva la Reina. La comitiva llena por completo la escena, formando un cuadro convenientemente colocado. María y Darnley en la tribuna.

HABLADO

MARIA. El pueblo, que así me aclama,
mercce el ardiente amor
que mi corazón inflama,
hoy la Reina te proclama,
desterrando su dolor.

ART. (A Galopín.)
Desde que Príncipe soy
su dicha mi dicha aumenta.

GALOPIN. Y yo tan alegre estoy,
que, Príncipe y todo, voy
á liquidaros la cuenta.

ART. Con creces la he de pagar:
pues la fortuna he logrado
que nunca pude soñar.

GALOPIN. (¡Ay, rico pavo pintado,
cómo te voy á dejar!)

MÚSICA

TODOS. Ya la dicha brilla ufana
en la excelsa soberana,
que del cielo en galardón
recibió la bendición.
¡Gloria eterna á los esposos,
y esos lazos venturosos
que á estrecharse tanto van,
colmen rápidos su afán!

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

¡No me siga usted! comedia original en un acto.
El viejo telémaco, zarzuela original en dos actos.
Sensitiva, zarzuela original en dos actos.
El violinista, zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero! zarzuela en un acto.
La vida en un tris, zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo, comedia en un acto.
Descarga de artillería, comedia original en un acto.
Por huir del vecino, juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.°, zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola, zarzuela en dos actos.
Se dan casos, zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano, comedia original en un acto.
La copa de plata, zarzuela en dos actos.
Lo sé todo, juguete cómico en dos actos.
Fausto, parodia en dos actos (de la ópera.)
La casa de locos, zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco, comedia original en tres actos.
Me es igual, juguete cómico original en un acto.
El forastero, juguete cómico original en tres actos.
El fogón y el ministerio, juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! juguete en dos actos.
La ley del mundo, comedia en tres actos.
Las cerezas, juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia, zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya, juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza, juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año, revista original en un acto.
Los dominós blancos, comedia en tres actos.
El año sin juicio, revista original.
Cambiar de colores, comedia en un acto.
El doctor Ox, zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los madriles, zarzuela original en dos actos.
Amapola, zarzuela cómica en tres actos.
El chiquitín de la casa, comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo, zarzuela original en dos actos
(Segunda parte de Los Madriles.)

El diablo cojuelo, revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá, revista original en un acto.
El dinero en la mano, comedia en dos actos.
El caballo blanco, juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos, zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas, zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes, juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas, zarzuela cómica en dos actos.
¡Ódieme usted, caballero! juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas, zarzuela en tres actos y siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! juguete cómico-lírico original en un acto.
¡Á sangre y fuego! juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro, zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, León! juguete cómico-lírico en un acto.
El espejo, comedia original en tres actos.
Armas al hombro, juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡á la plaza! revista original en un acto.
Libre y sin costas, juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas, comedia en tres actos.
Viaje á Suiza, veraneo cómico-lírico en tres actos.
El país de las gangas, revista original en un acto.
Las mil y una noches, cuento fantástico original en tres actos.
Curarse en salud, proverbio en dos actos.
La misa del gallo, apropósito cómico-lírico original en un acto
Ellos y nosotros, cuadro cómico-lírico original en un acto.
Madrid-Zaragoza-Alicante, juguete cómico en un acto.
La taberna, melodrama en tres actos.
La cola del gato, comedia de magia en tres actos.
Para casa de los padres, juguete cómico-lírico en un acto.
Vestirse de largo, juguete original en un acto.
La ducha, juguete cómico original en tres actos.
La feria de San Lorenzo, zarzuela cómica en tres actos.
Agua y cuernos, apropósito original en un acto.
El milagro de la Virgen, zarzuela original en tres actos.
Los fusileros, zarzuela en tres actos.
La Diva, zarzuela en un acto y dos cuadros.
Niniche, opereta cómica en dos actos.
¡Música! ¡Música! opereta en un acto.
Castillos en el aire, zarzuela en dos actos.
La vida madrileña, zarzuela en un acto y dos cuadros.
Juegos Icarios, zarzuela cómica en un acto.

Á CASA CON MI PAPÁ, comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO, pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA, revista cómica-lírica original.
YO Y MI MAMÁ, apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA, juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS, juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS, juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE, zarzuela en dos actos.
ODETTE, drama en tres actos.
EXPOSICIÓN UNIVERSAL, revista original en un acto.
¡MI MISMA CARA! juguete cómico original en un acto.
UN CRIMEN MISTERIOSO, juguete cómico en un acto.
20 CÉNTIMOS, juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
LA DUCHA, refundida, en dos actos.
EL COCODRILO, zarzuela en dos actos.
SIN EMBARGO, juguete cómico original en un acto.
¿QUIÉN SE CASA? juguete cómico en dos actos.
CRECED Y MULTIPLICÁOS, juguete cómico en tres actos y en prosa.
LOS TRES SOMBREROS, juguete cómico en un acto.
¡MIL DUROS Y MI MUJER! juguete cómico original en un acto y en prosa.
EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS, comedia en dos actos y en prosa.
LOS BOMBONES, juguete cómico en tres actos y en prosa.
PARÍS, FIN DE SIGLO, comedia en cuatro actos.
LOS COHETES, juguete en un acto y en prosa.
LA MUJER DE PAPÁ, vaudeville en dos actos y en prosa.
RETOLONDRÓN, opereta cómica en un acto y en prosa.
MATRIMONIO CIVIL, comedia en dos actos y en prosa.
EL BOTICARIO DE NAVALCARNERO, juguete cómico en tres actos y en prosa.
CORREOS Y TELÉGRAFOS, juguete cómico original en un acto y en prosa.
EL HÚSAR, zarzuela en dos actos.
EL CHIQUITÍN DE LA CASA, comedia en dos actos y en prosa.
GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, comedia en dos actos y en prosa.
EL ANGEL GUARDIÁN, zarzuela en tres actos y en prosa.
SERVICIO OBLIGATORIO, comedia en tres actos y en prosa.
MUJER Y REINA, zarzuela melodramática en tres actos y nueve cuadros.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.